

Selección



ADAM SURRAY

CAZA DE MONSTRUOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

424 — Alucinaciones, *Lou Carrigan*.
425 — Alguien pintó el mal, *Ralph Barby*.
426 — La mansión de las serpientes, *Ada Coretti*.
427 — Una oración por Abigail, *Curtis Garland*.
428 — Una bala de plata pura, *Clark Carrados*.

ADAM SURRAY

CAZA DE MONSTRUOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 429
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 8.900 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1981

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

William Corey arrugó instintivamente la nariz.

La atmósfera del «Bounty» era nauseabunda. El conjunto de perfumes, sándalo, almizcle, clavo, té… se entremezclaban con el sudor a bestia humana y el humo del tabaco.

La iluminación del local reducida a unos focos pilotos fijos repartidos por la sala. Destinados exclusivamente a que nadie se estrellara de narices contra la pared. Aquella oscuridad era muy apreciada por la clientela del «Bounty». En especial los que ocupaban las discretas mesas separadas por biombos.

William Corey empequeñeció los ojos hasta acostumbrarlos a la penumbra reinante en el local.

Avanzó hacia el mostrador. La zona más iluminada de la sala. Con cuatro hermosos pilotos, cuatro.

El barman se aproximó arrastrando los pies. Cansinamente. Era tal su pereza que ni tan siquiera despegó los labios. Se limitó a interrogar a Corey con la mirada.

—Vodka.

El esfuerzo por servir el pedido le llevó cinco minutos largos.

William Corey los dedicó a encender un cigarrillo y contemplar el local. Lo poco que se llegaba a distinguir resultaba degradante. La música enlatada resultaba amena, pero pocos la apreciaban.

En la mesa más próxima al mostrador un individuo se inyectaba amparado en la oscuridad. Tras el biombo de separación, en la mesa contigua, una de las chicas habituales del «Bounty» prodigaba al cliente de turno una audaz y rítmica caricia.

Corey bebió un largo trago de vodka.

La bebida en consonancia con el local.

Nauseabunda.

Los ojos de William Corey quedaron fijos en la mujer que ocupaba uno de los taburetes del mostrador.

Avanzó hacia ella.

Con el vaso de vodka en la diestra.

—Hola.

La mujer no respondió de inmediato.

Primero examinó a William Corey.

Un hombre joven. De unos veintiocho años de edad. Pelo negro, abundante y rebelde. Semiocultando su frente. Los ojos grises. La nariz perfilada. Boca de fino trazo y barbilla enérgica. Un rostro que se podía considerar atractivo, pese a la frialdad de aquellos ojos grises. Su complexión era atlética.

Lucía chaquetilla de piel cobre camiseta de algodón y pantalón vaquero. Una vestimenta acorde con el «Bounty». Allí no era apreciado el smoking.

Corey pareció haber pasado con éxito el examen.

Quedó demostrado por la sonrisa de la mujer.

—Hola, encanto. ¿Qué haces aquí? ¿Te ha plantado la novia?

—¡Oh, no…! Precisamente acabo de dejarla ahora en la puerta de su casa. Hemos estado en el Scott Park, ¿sabes? Lo triste es que Judith, mi novia, está educada a la antigua. Siempre me mantiene a raya. Hoy, en el Scott Park, creí que ya la tenía a punto de caramelo; pero en el último momento se asustó y dio marcha atrás.

La mujer amplió la sonrisa.

—Comprendo. Y te ha dejado… quemado.

—Eso es.

La mujer se aproximó más a Corey.

Frisaba en los treinta años de edad. Tal vez algunos más, pero experta en el maquillaje. Rostro marcadamente sensual y lascivo. Más que vestir se enguantaba un modelo que destacaba aún más la opulencia de sus curvas.

William Corey percibió el contacto de los pechos femeninos presionados contra su brazo derecho.

—Si dispones de unos veinte dólares podemos tomar unas bebidas en la mesa. El sofá es muy acogedor y discreto.

—¿En la mesa?

—Todas las mesas están separadas por biombos y con muy poca iluminación. Se pueden hacer muchas cosas. Te garantizo que quedarás… desfogado.

—¿Cuál es tu nombre?

—Dorothy.

—Yo soy William. Y me gusta la comodidad. Tampoco soy un chiquillo fácil de complacer con unas caricias. He visto un hotel aquí al lado. ¿Puedes salir del local por un par de horas?

—Eso te resultaría más caro, William.

Corey consultó el reloj.

El digital señalaba las nueve horas y cincuenta minutos p.m.

—¿Quieres que te pague por adelantado?

—No te enfades —sonrió la mujer interrumpiendo el ademán iniciado por Corey llevando la diestra al bolsillo interior de la chaquetilla—. Sólo quería advertirte. ¿Nos vamos o nos tomamos unas copas?

—Nos vamos —respondió William Corey, abonando su consumición.

Se encaminaron hacia la salida.

Al abandonar el local les envolvió la oscuridad de Pearl Road. La mayoría de las calles del East River, principalmente las comprendidas en la zona de The Bowery, eran parcas en iluminación. Aquello no era la Quinta Avenida ni se contaba con el Rockefeller Center.

—William...

—¿Sí?

—Gary te cobrará ocho dólares por la habitación. Cerca de aquí dispongo de una pequeña vivienda que...

—No, Dorothy. Prefiero el hotel. No me gustaría romper la intimidad de tu hogar.

La mujer parpadeó algo perpleja.

Cuando quiso reaccionar ya William Corey se había introducido en el Cabot Hotel.

—Buenas noches, Gary.

El individuo situado tras el mostrador de recepción levantó los ojos de la novela policíaca. La expresión de su rostro al contemplar a Corey se suavizó al ver aparecer a Dorothy.

Giró tomando una llave del casillero.

—Ocho dólares —dijo sin soltar la llave.

William Corey tendió sobre el mostrador la mencionada cantidad.

Y entonces Dorothy pudo hacerse cargo de la llave.

Se encaminaron hacia la escalera. El ascensor lucía un amarillento cartel con el clásico «no funciona».

Dorothy subió en primer lugar.

Cada peldaño significaba un provocativo ondular de caderas.

Corey, tras ella, no parecía prestar mucha atención a tan sensual

alarde. Sus ojos estaban fijos en el reloj de pulsera.

Las nueve horas y cincuenta y seis minutos.

Dorothy se adentró por un largo corredor abriendo la puerta señalizada con el número ciento siete.

Accionó el interruptor de la pared.

—Bueno, amor. Ya estamos en...

—Vas a disculparme, Dorothy. Ahora recuerdo que he dejado abierto el grifo de la bañera. Debo ir a cerrarlo. Mi casa está algo distante, pero regresaré lo antes posible.

La mujer enrojeció.

Furiosa.

—Escucha, hijo de...

Dorothy quedó con la boca entreabierta.

William Corey le había introducido un billete de cien dólares por el escote del vestido. Cobijándolo entre los voluminosos senos femeninos.

—Suficiente por un par de horas, ¿no, Dorothy? Eso fue lo acordado. Por supuesto regresaré antes de dos horas. Espérame aquí.

—Pero...

—Permanece aquí, Dorothy —cortó William Corey, secamente —. Te he pagado por adelantado y nada tienes que perder. Regrese o no. Estarás aquí un par de horas, ¿de acuerdo?

Corey no esperó la respuesta.

Abandonó la estancia cerrando tras de sí.

Se mantuvo unos instantes frente a la puerta. En espera de alguna reacción de Dorothy. Sólo le llegó el sonoro suspirar de la mujer y el chirriar del lecho al recibir el cuerno de Dorothy.

Corey sonrió avanzando por el corredor.

Al llegar a la escalera no inició el descenso, sino que subió hacia el piso superior.

El emplazamiento de las habitaciones era similar al de la primera planta del edificio.

William Corey se detuvo frente a una de las puertas del pasillo.

La número 203.

Golpeó con los nudillos la hoja de madera. Tres golpes consecutivos. Pausa. Y tres llamadas más, ahora espaciadas.

La puerta se abrió.

Flanqueada por un individuo que consultaba su reloj de pulsera.

—Las diez en punto. Adelante, Corey. La puntualidad es una de sus virtudes. A decir verdad la única que le conozco.

—Buenas noches, señor. Permita que alabe su extraordinaria imaginación. En nuestra anterior entrevista recuerdo que me citó en la fila catorce de un cine porno de sesión permanente. Ahora en un hotel de baja reputación en la zona más miserable de Manhattan. ¿Dónde será la próxima cita? ¿En los vertederos o en las cloacas?

El individuo sonrió.

—El sentido del humor. Había olvidado su segunda virtud. ¿Tomó las precauciones de rigor?

—Sí, por supuesto. He entrado en el hotel del brazo de una furcia y ocupado una habitación.

—En esta ocasión no era necesario tomar precauciones, Corey; pero nunca están de más. Nadie va a espiarnos. El que el D.I.S. sea un organismo fantasma nos obliga a concertar entrevistas en los lugares más insospechados. Ni tan siquiera yo, Andrew Novak, jefe del Departamento Investigación Secreta en el estado de Nueva York, tengo un mísero despacho donde colocar las posaderas.

—¿Lo tiene acaso el director del D.I.S.?

Andrew Novak arqueó las cejas.

—¿El director del Departamento Investigación Secreta? ¿Quién es, Corey? Nadie lo sabe. Ni el mismísimo presidente de los EE.UU. Incluso sospecho que el presidente ignora la existencia del D.I.S.

William Corey se acomodó en una de las sillas.

Extrajo una cajetilla de tabaco.

Tras exhalar una bocanada de azulado humo fijó los ojos en Andrew Novak. En indiferente mirada.

—¿Vamos a discutir sobre ese tema, señor?

—Oh, no… No nos incumbe. Yo soy jefe del D.I.S. en Nueva York. Usted uno de los agentes. Y nos limitamos a obedecer. Lo demás no importa. Le he propuesto para una misión, Corey. Por considerarle el hombre más adecuado. Una misión un tanto… especial.

—Todas las del D.I.S. lo son.

—Correcto, aunque ésta… Oiga, Corey. ¿Usted cree en monstruos, vampiros y demás?

William Corey interrumpió el iniciado ademán de llevarse el

cigarrillo a los labios.

Ahora sus ojos se posaron inquisitivos en Novak.

—No estoy borracho, Corey —sonrió Andrew Novak, leyendo el pensamiento de su interlocutor—. Responda a la pregunta.

—No creo en nada de eso.

Novak sonrió más abiertamente.

—Perfecto. Es sin duda el hombre adecuado. Al no creer en monstruos y vampiros dudo que les tenga miedo. Su misión va a ser ésa, Corey. Cazar a unos monstruos capitaneados por un vampiro.

CAPITULO II

Andrew Novak pronto cumpliría los sesenta años de edad.

Sienes nevadas. Frente abombada, cejas alicaídas, ojos diminutos y nariz recta. Vestía discreto traje color gris. Por su aspecto semejaba a un vulgar funcionario o chupatintas de oficina.

La realidad era muy distinta.

Y el historial de Andrew Novak ponía la carne de gallina.

Había prestado servicio en diferentes departamentos de Inteligencia de los Estados Unidos. Después de un período de espía en Europa y Sudamérica. Actualmente jefe en Nueva York del organismo fantasma denominado D.I.S.

—¿Sorprendido, Corey?

—Un poco.

Andrew Novak sonrió.

Moviendo de un lado a otro la cabeza.

—Lo dudo. Muy pocas cosas consiguen llegar a sorprenderle, Corey. Máxime desde que presta servicios en el Departamento Investigación Secreta. Nuestro misterioso jefe supremo coordina las misiones más insólitas. ¿Recuerda la operación Clover? Asaltar un furgón blindado del Chase Manhattan Bank. Usted personalmente dirigió la operación. Con éxito total. ¿Nunca se preguntó el destino de aquellos millones de dólares que entregó al D.I.S.?

—No soy curioso, pero quedó muy tranquila mi conciencia al conocer la noticia de que Ralph Lewis, del F.B.I., logró recuperar el botín y detener a los... culpables. Lo que le valió ser designado como candidato al quinto piso del Departamento de Justicia de Washington. A la sede del Federal Bureau of Investigation.

—No creí que fuera capaz de realizar con éxito la Operación Clover. Reconozco que dudé, Corey. De fracasar se hubiera pasado Una muy larga temporada entre rejas. De poco le hubiera servido el declarar que actuaba por órdenes del D.I.S. Este es un organismo desconocido.

—Afortunadamente. Al pueblo norteamericano no le gustaría saber que con sus impuestos se mantienen organizaciones como el D.I.S.

—El Departamento Investigación Secreta es necesario, Corey.

Cierto es que siempre nos señalan las misiones más... sucias.

—¿Sucias? Es usted demasiado benévolo, señor.

—Dejémoslo estar. Alguien tiene que hacer los trabajos sucios y esos somos nosotros. —Novak abrió un portafolios depositado sobre la mesa. Tomó una cuartilla mecanografiada que tendió hacia su subordinado—. Eche un vistazo, Corey. Es un informe médico fechado hace veinte años. Redactado por el doctor David Sherman, de Chicago.

William Corey atrapó el papel.

A lo largo de la hoja se leía, en tinta roja, la advertencia de «top secret» junto con unas siglas.

Eran pocas las líneas mecanografiadas.

«CONFIDENCIAL: Al grupo Investigación BIO-352.

«Paciente internada: Martha Borgges. Parto prematuro. Acaba de nacer un niño deforme. Macrocéfalo. Posee un único ojo formado por dos pupilas. Boca grande carente de labios. Brazos y piernas proporcionados, aunque las manos, al igual que en los pies, con diez dedos cada una, colocados al revés. Imposible definir con exactitud el color de su piel. El niño está sano y su respiración es correcta. A la madre se le ha comunicado el fallecimiento de la criatura. Espero instrucciones.

»David Sherman, jefe médico de la Segunda Planta. Clínica Sabots, Chicago. Illinois.»

William Corey alzó la mirada del papel.

Fijando sus inexpresivos ojos en Andrew Novak.

—¿Y bien?

—Marty Gardand, con ese nombre fue registrada esa extraña criatura, celebró recientemente su veinte cumpleaños. En uno de los Campos Experimentación Biológica repartidos por el país.

—Desconocía la existencia de esos campos.

—También yo, Corey. Hasta ayer mismo me eran del todo ignorados. Incluso sigo desconociendo el número de clínicas existentes. La habitada por Marty Gardand está emplazada en California. Cerca de Milesville. Una magna extensión de terreno conocida por La Granja. Para todo el mundo es una mansión de recreo propiedad de un avinagrado magnate que busca la soledad; pero en realidad es una clínica de investigación y experimentación

biológica. Con capacidad para un centenar de internos. Todos ellos son seres deformes.

—¿Cuál es el problema?

Andrew Novak se hizo nuevamente cargo del folio mecanografiado.

Comenzó a pasear por la estancia.

Algo nervioso. Como si no encontrara las palabras adecuadas para responder a William Corey.

—Esas investigaciones y experimentos son importantes, Corey. No se trata de crear una morbosa galería de monstruos. Cualquier criatura deforme o extraña es conducida a esas clínicas, siempre que es detectada. También son internados los que padecen radiaciones o mutaciones.

—Sigo ignorando el problema, señor.

Novak detuvo su nervioso deambular.

Enfrentándose a Corey.

—Cuatro de ellos han escapado, Corey. Cuatro seres monstruosos han logrado escapar de La Granja. Son peligrosos. Sus cerebros están igualmente tarados. Acorde con sus cuerpos.

—¿Cuándo fue la fuga?

—En la mañana de ayer. Y ya han ocasionado las primeras víctimas. Dos hombres de Milesville que conducían un Pontiac. Fueron atacados y destrozados. De sus mutilados cuerpos no se encontró una sola gota de sangre.

—Antes mencionó… mencionó a un…

—Un vampiro. Sí, Corey. Ese es el nombre. El caso más asombroso y enigmático de La

Granja. Se le puede definir como vampiro. Su nombre es Peter MacGrath. Fue internado hace ocho años. Los experimentos realizados sobre Peter MacGrath han sido catalogados como espeluznantes y sobrenaturales. Yo no puedo adelantar mucho más, pero sí el doctor Herbert Woos. Es el director de La Granja. Saldrá esta misma noche hacia California, Corey. Tiene ya plaza reservada en el vuelo nocturno Nueva York-San Francisco.

William Corey endureció las facciones.

También sus ojos adquirieron un leve destello.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué el D.I.S.? La policía californiana o el Federal Bureau of Investigation podrían hacerse cargo del

asunto.

—¡Maldita sea, Corey!... ¿No lo comprende? Esos campos de experimentación biológica no son del dominio público. Ni tan siquiera altos cargos del gobierno conocen la existencia de esas clínicas ni el trabajo que en ellas se desarrolla. No todos aprobarían esas investigaciones en seres deformes ni el experimentar con... con... No puedo adelantarle más explicaciones, Corey. No estoy autorizado para ello. El doctor Woos despejará todas sus dudas y le informará ampliamente sobre los cuatro evadidos.

William Corey se incorporó.

Lentamente.

—No creo que la opinión pública llegara a escandalizarse. La C.I.A. experimentó drogas nuevas con reclusos, inyectó virus a supuestos voluntarios, manipuló en la mente de...

—¡Esas acusaciones fueron desmentidas!

—Sí, claro. Por supuesto. La C.I.A. y el F.B.I, tienen ya formularios impresos para desmentir acusaciones de todo tipo.

Andrew Novak apartó una carpeta del portafolios para seguidamente empujar el maletín hacia su subordinado.

—Ahí tiene cincuenta mil dólares, Corey. Como siempre puede actuar con toda libertad de acción. Carta blanca. Sin rendir cuentas a nadie. ¿Quiere alguna relación de agentes del Departamento Investigación Secreta emplazados en California? Puedo recomendarle a...

—No, gracias —interrumpió Corey, haciéndose cargo del maletín—. Yo seleccionaré mi propio equipo de colaboradores. No confío en los agentes del D.I.S. Todos son basura.

Andrew Novak sonrió al sarcasmo.

—Como quiera. Tenga esta cartulina. Le abrirá las puertas de La Granja. ¿Alguna pregunta?

—La misión está clara. Cazar a cuatro evadidos. Cuatro hombres que, dadas sus características, no pasarán desapercibidos.

—Se equivoca. Ellos son conscientes de su monstruosidad, Corey. No se dejarán ver. Y matarán a todo aquel que les descubra.

—Contradice sus anteriores palabras, señor. Sus mentes igualmente taradas y enfermas, ¿recuerda? Dudo que razonen. De seguro la policía californiana habrá dado con ellos.

—Eso no nos gustaría, Corey. Estaríamos obligados a explicar

quiénes son esos .hombres y de donde proceden. Debe capturarlos usted. El D.I.S.

—Okay. Una sola pregunta, señor. —Corey se detuvo junto a la puerta de la habitación—. Supongamos que doy con ellos. ¿Qué debo hacer?

—Una pregunta absurda, Corey. ¡Reintegrarlos a La Granja! ¡Con todo tipo de precauciones para no ser visto!

William Corey sonrió.

Fríamente.

—No me he expresado bien, señor. Disculpe. Entregarlos... ¿vivos o muertos?

—No se dejarán cazar con vida, Corey.

—Quiero una respuesta concreta, señor. ¿Vivos o muertos?

Las facciones de Andrew Novak se ensombrecieron. Entornó los ojos acentuando las arrugas de su rostro.

—Vivos... o preferiblemente muertos.

CAPITULO III

Nueva York-San Francisco.

Cinco horas de vuelo.

William Corey pisó el Aeropuerto Internacional de San Francisco ya con la claridad de un nuevo día. Hubiera deseado tomar de inmediato habitación en un hotel y, para combatir su noche sin dormir, disfrutar de una estimulante ducha fría; pero se decidió por entrar en contacto cuanto antes con La Granja.

En la terminal del Aeropuerto contrató un auto de alquiler.

Un Chevrolet modelo «Monza».

El Aeropuerto Internacional de San Francisco dista unos veinticuatro kms. de la ciudad. Al sudeste.

El auto conducido por William Corey se adentró por la pista de Burlingame para luego desviarse y dejar atrás Hillsborough. Al sur de las Montara Mountains se emplazaba la pequeña localidad de Milesville.

Ya en la comarcal que conducía al pueblo divisó el cartel en una de las bifurcaciones.

En grandes caracteres.

«La Granja. Propiedad privada. Prohibido el paso».

Corey giró el volante del Chevrolet.

Circulando por el camino que conducía a La Granja. Fue encontrando más letreros de prohibición a su paso. La carretera, magníficamente asfaltada, era escoltada por árboles y frondosa vegetación. Cada vez más agreste. Aquel túnel de árboles desembocaba en una amplia explanada.

Y allí estaba La Granja.

Un recinto amurallado de forma rectangular. Junto a la puerta metálica de acceso, y bordeando la alta muralla, varios carteles advertían de la peligrosidad del sistema de seguridad electrificado.

William Corey frenó ante la puerta de entrada al recinto.

Aunque se sabía observado por camuflados visores de circuito cerrado de televisión hizo sonar el claxon.

Se abrió una mirilla en la metálica puerta.

William Corey se limitó a mostrar la cartulina proporcionada por el jefe del D.I.S. en Nueva York.

Fue suficiente para que la doble hoja metálica se abriera automáticamente permitiendo el paso del vehículo.

Corey penetró en el recinto circundando el gran seto central para detenerse ante el porche de la casa.

Una mansión de una sola planta, aunque ocupando una considerable extensión de terreno. La construcción, con ventanales artísticamente enrejados y profusión de plantas, le semejaba con uno de los clásicos ranchos californianos.

William Corey descendió del auto.

Coincidiendo con el individuo que salió al porche.

—Sígame.

Fue la única palabra del individuo.

Su saludo y despedida.

Corey se introdujo en la señorial mansión. Pasando a un espacioso hall adornado con artísticas columnas de mármol. Ciertamente aquello no tenía aspecto de clínica.

El individuo abrió una puerta situada al fondo del hall.

Se hizo a un lado para permitir el paso de William Corey. Este le dirigió una inquisitiva mirada. El fulano era un «cabeza cuadrada». Fácil de confundir con un catcher sonado. El clásico guardián asignado a los manicomios.

La puerta se cerró a espaldas de Corey.

Se encontraba en un gran despacho con amplio ventanal que comunicaba con el jardín. El mobiliario, aunque marcadamente severo, de excelente calidad. Tras la mesa escritorio un individuo de angulosas facciones. De unos setenta años de edad.

—Soy el doctor Woos. Tome asiento, Corey. No le esperaba tan pronto.

—No me gusta perder el tiempo.

Herbert Woos asintió con un lento movimiento de cabeza a la vez que mesaba sus canosos cabellos.

—Correcto. Tampoco yo se lo haré perder. Supongo que quiere información sobre los cuatro fugados, ¿no es cierto? —El doctor Woos abrió un maletín de video con doble pantalla—. Empezaremos por Marty Gardand.

La pantalla del video se iluminó.

Y a todo color apareció la imagen de Marty Gardand. Totalmente desnudo. La proyección se iniciaba con un enfoque de sus manos provistas de diez dedos vueltos al revés. De sus pies con igual deformidad. Un primer plano de su horripilante rostro. Con aquel único ojo de dos pupilas centrado sobre su desproporcionada cabeza. Su boca carente de labios era un nauseabundo boquete a juego con los dos orificios formados en su nariz.

—Esta película fue realizada hace apenas unos meses. Por el cumpleaños de Marty —concretó el doctor—. Veinte años. Veinte años internado en Campos de Experimentación Biológica. Desde su nacimiento. Marty Gardand se ha criado sano y fuerte. A su deformidad física exterior hay que añadir su doble pulso y el latir acompasado de sus dos corazones. Jamás nos ocasionó problema alguno. Al menos en el tiempo que llevaba en La Granja. Próximo a los ocho años. Yo mismo me interesé por su caso reclamándole del Campo de Experimentación Biológica de Graham City, en Illinois.

La pantalla se eclipsó.

Herbert Woos pulsó una palanca del video.

Nuevas imágenes en color.

William Corey sintió un nudo en la garganta. Con gran esfuerzo logró mantenerse impasible.

—Este es otro de los fugados. Fred Sandrich. Treinta años de edad. Ya nació sin epidermis. Carencia total de piel tal y como nosotros la entendemos. Fue sometido a cuidados intensivos en incubadoras especiales y vitrinas aislantes. A los catorce años de edad se informó a sus padres la noticia de su fallecimiento. Fred Sandrich fue trasladado a Campos de Experimentación Biológica.

—Parece estar en carne viva…

—Cierto, aunque el organismo de Sandrich ha creado una invisible película protectora en torno a su cuerpo. Todo injerto de piel implantado, humana o artificial, es rechazado. La carnadura de Fred Sandrich está ahora formada por costras que cubren la mayor parte de su cuerpo. Aunque su complexión física es normal, resulta el más monstruoso de los internados en La Granja. La invisible película formada no impide el gelatinoso movimiento de sus músculos, el rojizo de su carne en vivo… Cualquier excitación violenta le hace sangrar en imperceptibles surcos. Tras muchos años de investigación sobre Sandrich poco hemos adelantado. Es un

auténtico fenómeno.

El doctor Woos volvió a teclear sobre el aparato.

Después del fugaz eclipse nuevamente se iluminó la pantalla.

William Corey parpadeó al contemplar el nuevo personaje en imagen. También, al igual que los anteriores, filmado en total desnudez. Un individuo alto, esquelético y de piel blanquecina. Aparentaba unos cuarenta años de edad. No se acusaba, al menos en pantalla, ninguna deformidad física. Unicamente al ser enfocado su rostro se veían asomar unos colmillos de su boca.

—Peter MacGrath. ¿Qué edad le calcula, Corey?

—Pues… entre los cuarenta y cincuenta años.

—Según nuestros cálculos tiene ochenta y cuatro. Peter MacGrath nació en Inglaterra. Desde niño atacaba a los animales de granja para degollarlos y beber su sangre. Fue emparedado por su propio padre para ocultarlo del mundo. A la muerte de sus padres, y al ir a derribar la casa, se descubrió la existencia de Peter MacGrath. Con vida. Había permanecido emparedado, sin alimento alguno, durante más de dos años. El tiempo transcurrido desde la muerte de sus padres hasta que se inició el derribo de la granja. Los Campos de Experimentación Biológica se hicieron cargo de él. Su cuerpo es poseedor de un extraño y desconocido grupo sanguíneo. No prueba alimentos sólidos. Sólo necesita sangre humana para subsistir. Peter MacGrath es otro de los fenómenos que todavía no hemos logrado descifrar.

—¿Han probado a clavarle una estaca en el corazón?

El doctor dirigió una severa mirada al agente del D.I.S.

—Su humor está fuera de lugar, Corey.

—¿De veras? —William Corey procedió a encender un cigarrillo. Con deliberada insolencia—, Lo único que yo considero realmente fuera de lugar es La Granja. Y todos esos denominados Campos de Experimentación Biológica.

Herbert Woos no respondió.

Se limitó a pulsar nuevamente la palanca del video.

En pantalla un individuo de unos treinta años de edad. De fuerte complexión física. Alto y corpulento.

Como un gladiador romano. Todo músculo. Sobre su rapada cabeza se veían unas cicatrices. Ninguna deformidad física. Sólo aquellas cicatrices circundando su cabeza en diferentes trazos.

—Christopher Streep. El más peligroso de los cuatro. Es violento. Muy violento… e inteligente.

—¿Qué se está investigando en él? No parece tener deformidad física. Todo lo contrario. Es un individuo extraordinariamente dotado.

—El cerebro de Christopher Streep es… es especial —el doctor Woos desconectó el aparato video reproductor abatiendo la doble pantalla—. Estos son los cuatro hombres que debe capturar, Corey; aunque tal vez los servicios especiales de seguridad de La Granja le ahorren el trabajo.

—Ignoraba que alguien más estaba tras los evadidos.

—Como es reglamentario comuniqué a mis superiores la huida de los cuatro internos. Se decidió la intervención del Departamento Investigación Secreta. Sin duda confían más en su eficacia que en los servicios de seguridad de la Granja.

—No funcionó bien ese servicio de seguridad cuando permitió la fuga de cuatro internos.

—Fue algo sorprendente. Incomprensible. Aún no me explico cómo lograron burlar los servicios de seguridad existentes. Escaparon ocultos en un tráiler que llegó para descargar pesado material de quirófano. El camión quedó toda la noche en el parking y salió a primera hora de la madrugada. Cómo lograron llegar hasta el tráiler es un misterio. Al pasar por Milesville saltaron del camión y atacaron a dos hombres para apoderarse del auto que conducían. Les dieron muerte. Destrozaron sus cuerpos.

—Me gustaría interrogar al personal de servicio aquella noche. El de vigilancia y el sanitario.

—Hay diferentes salas en La Granja, Corey. Lo que contempla es sólo un decorado. En los sótanos se emplaza una grandiosa clínica con los máximos adelantos médicos y de investigación. Con reconocidos expertos en el campo de la genealogía y experimentación biológica. Todas las salas, todos los internos y el estudio que se haga sobre ellos, está supervisado por mí. Yo controlo igualmente a todo tipo de personal. Y sólo yo responderé a sus preguntas. No le autorizo a interrogar al personal. Ni al sanitario ni al de seguridad.

—No tenga miedo de mí, doctor. Pertenezco al D.I.S.

—¿Miedo? No le comprendo…

William Corey sonrió.

Despectivo.

—Sus experimentos e investigaciones sobre seres deformes y anormales, los dañados por la radioactividad, los atacados por enfermedades desconocidas y casi sobrenaturales... Todo muy digno de alabanza.

—Por supuesto. Sólo investigando se puede combatir el mal desconocido.

—Hay otro tipo de experimentación en el cuerpo humano. Muy utilizado por médicos nazis en los campos de concentración de Dachau, Auschwitz, Rauensbrück...

Woos enrojeció.

Se incorporó furioso del sillón giratorio.

—¿Se da cuenta, Corey? Si usted, un hombre de amplio criterio y conocedor de los obligados trapos sucios de todo gobierno, juzga mal a los experimentos de La Granja y de otros centros similares; ¿cómo reaccionará el gran público?

—¿Quiere conocer la respuesta?

—¡No! ¡Ni tampoco su opinión! Yo soy un científico, Corey. El director de La Granja. Con total libertad para mis investigaciones. No debo rendir cuentas a nadie. Usted sí está aquí para una determinada misión. ¡Cúmplala! ¡Lo demás no le importa!

—Necesito interrogar a...

—Imposible —interrumpió el Doctor Woos, bordeando la mesa escritorio—. Ya le he dicho que no permito preguntas al personal. Tampoco podrían facilitarle dato alguno de interés. Casualmente la noche en que se proyectó la fuga la enfermera Ward y yo formábamos el equipo médico en la sala D. La señorita Ward es de mi total confianza. En cuanto al servicio de seguridad... reconozco que fue burlado. Los cuatro internos llegaron al tráiler y se camuflaron en su interior. Sin que su ausencia fuera descubierta hasta el día siguiente. De ahí que lograran salir de La Granja sin el menor problema. Es el primer caso de evasión en la historia de La Granja.

—Sus internos son... prisioneros, ¿no es cierto?

—Su pregunta es estúpida, Corey. ¿Imagina a un hombre como Fred Sandrich o Marty Gardand paseando por el centro de San Francisco? Deben estar forzosamente recluidos. Aquí gozan de todo

cuanto puedan desear. No ambicionan nada. La mayoría de ellos no conocen absolutamente nada del mundo exterior. Siempre internados en Campos de Experimentación Biológica. Son felices, puesto que desconocen otra cosa.

William Corey se levantó del sillón.

Deliberadamente arrojó el cigarrillo al suelo.

Sobre la alfombra.

—Adiós, doctor. Nos volveremos a ver.

—Sólo cuando haya cumplido su trabajo —advirtió Herbert Woos—. Soy un hombre muy ocupado. Unicamente regresará a La Granja con los cadáveres de los internos fugados. En caso contrario no es mi intención volver a recibirle.

—¿Cadáveres?

—Eso he dicho. ¿De qué se sorprende?

—Mi misión es capturar a esos cuatro evadidos, doctor.

—¿Insinúa?… —Woos comenzó a reír. Primero con suavidad, para finalmente hacer sonar una estridente carcajada—. ¿Cree poder cazarlos con vida, Corey? ¿A Fred Sandrich, a Marty Gardand, a Peter MacGrath… a Christopher Streep? No, Corey. Ninguno de ellos se dejará atrapar. Al menos con vida. Entiéndalo bien. No son hombres vulgares. Son monstruos. No debe darles la menor oportunidad.

—Ese no es mi estilo, doctor.

Herbert Woos se encogió despreocupadamente de hombros.

—Bien. Peor para usted. Darles una oportunidad, por mínima que sea, a cualquiera de ellos, significará su muerte, Corey. Y le advierto que no será una muerte muy… agradable.

CAPITULO IV

Guest Boulevard era una de las nuevas zonas residenciales que en vano trataban de escapar a la contaminación y el caos de la ciudad. San Francisco, aquel gigantesco pulpo de cemento, pronto le envolvería con sus largos tentáculos.

Mientras tanto, Edward Taylor disfrutaba de una paradisiaca calma. Amplias calles, avenidas arboladas, bungalows a derecha e izquierda, pocos vecinos...

Sí.

Un lugar tranquilo y solitario.

Algunos de sus tramos, Como el de Guest Boulevard, demasiados solitarios.

Muy pocos bungalows habitados. La mayoría de ellos con el letrero de venta o alquiler y otros todavía por edificar.

Edward Taylor era propietario del 1.771 de Guest Boulevard. En la zona residencial de Barrio Rodd.

Un bungalow de una sola planta, de moderna construcción, con pequeño jardín, piscina y seto divisionario que lo separaba de sus vecinos.

El «Buick» conducido por Edward Taylor abandonó el asfalto de Guest Boulevard para introducirse por el estrecho sendero de su propiedad que conducía al garaje contiguo al bungalow.

Hizo sonar el claxon.

En uno de los iluminados ventanales del bungalow se recortaron dos sombras femeninas.

Edward Taylor sonrió feliz.

Allí estaban su esposa y su hija. Esperándole como cada noche. Y aquella iba a ser una noche muy especial. Edward había hecho una importante operación. El contrato de una elevada póliza de seguros con la Salkow Company. Aquello significaba para Taylor una cuantiosa comisión y pensaba celebrarlo. Llevaría a Stella al mejor night-club de North Beach. Y a la pequeña Paulette le compraría...

Edward Taylor sonrió más ampliamente.

La pequeña Paulette.

No quería reconocer que su hija Paulette, con diecisiete años ya

cumplidos, era toda una mujer.

La puerta del garaje se alzó automáticamente para permitir el acceso del auto.

Fue, al parar el motor y eclipsar los faros, cuando Edward Taylor se percató de que no había luz en el garaje.

Ninguna de las dos barras fluorescentes, que se iluminaban automáticamente al alzarse la puerta, había funcionado.

La oscuridad en el interior del garaje era total.

Edward Taylor tanteó por el salpicadero en busca de la linterna que siempre tenía al alcance de la mano.

Al localizarla descendió del vehículo.

No llegó a cerrar la portezuela.

Quedó inmóvil.

Paralizado por aquel sonido.

Por el sonido… y por el olor. Un olor extraño. Hediondo. Se respiraba una atmósfera marcadamente viciada y pestífera.

Y el sonido.

Un silbar ronco. Gutural. Como el entrecortado jadear de un asmático. Aunque…, no, aquel respirar no podía ser humano.

Edward Taylor centró el foco de la linterna sobre una de las paredes. Allí estaba el interruptor de los dos tubos fluorescentes para ser accionados manualmente.

Los pulsó una y otra vez, aunque la estancia continuó envuelta en la oscuridad.

El hedor se hizo más intenso. Más cercano. Más… próximo. Al igual que aquel infrahumano jadear.

—¿Hay… hay alguien aquí?

Edward Taylor formuló su temblorosa pregunta a la vez que trazaba un semicírculo con el foco de la linterna.

Y de nuevo quedó inmóvil.

Ahora paralizado por el terror.

El cono de luz había enfocado el rostro de un hombre.

¿Un hombre?

No…

Aquello era una bestia. Un monstruo del Averno. Una pesadilla. No podía ser humano. No podía ser real…

La luz de la linterna enfocaba un rostro en carne viva. Un rostro despellejado. Una cabeza abombada y carente de cabello. Sin cejas,

sin párpados… Sólo los pómulos, destacando en la bermeja carne, se cubrían por unas costras color verdoso. De aquella alucinante criatura emanaba el pestilente hedor.

Edward Taylor comenzó a retroceder.

Dando un mayor enfoque a la linterna.

Aquel hombre sin piel vestía una larga chaqueta azul claro abotonada hasta el cuello. El pantalón de igual color. Con zapato mocasín. Era una especie de uniforme.

Las manos…

Aquellas manos carentes también de piel estaban formadas por largos dedos en carne viva de aspecto sanguinolento.

Taylor reaccionó al terror que le paralizaba.

Giró con rapidez.

Tropezando entonces con una fantasmal sombra que le cerró el paso. Percibió unas frías manos en torno a su cuello. También fue atacado por la espalda. Por el monstruoso ser carente de piel.

Edward Taylor cayó al suelo.

La linterna escapó de sus manos.

Quiso gritar, pero aquellas álgidas manos no habían abandonado su presa. Seguían atenazando la garganta de Taylor. Este pudo ver ahora el rostro de uno de sus atacantes.

Estaba muy próximo.

Un rostro extraordinariamente pálido. De aspecto enfermizo. Boca de delgados labios. Y de aquella boca asomaban los afilados colmillos que avanzaban hacia el cuello de Taylor.

Se clavaron salvajemente.

—¡Edward!… ¡Edward!…

La voz, aunque distante, llegó audible al garaje.

Peter MacGrath siguió inclinado sobre su víctima. También Fred Sandrich continuó reteniendo e inmovilizando los brazos de Taylor.

MacGrath alzó el rostro.

Sus colmillos aparecieron teñidos en sangre.

—Suéltale… Ya no te necesito, Fred.

Fred Sandrich obedeció.

Se incorporó acudiendo hacia el interruptor de la luz. Acopló los fusibles que anteriormente había quitado.

La estancia se iluminó.

Aquella súbita luz hizo respingar a Peter MacGrath, aunque de

inmediato volvió a inclinarse sobre el cuello del inmóvil Edward Taylor.

—Edward, querido... ¿ocurre algo?

La voz femenina sonó más próxima.

Al igual que los pasos sobre la grava existente entre el porche del bungalow y el garaje.

Apareció la mujer.

Stella Taylor. De unos cuarenta años de edad. Aún atractiva y bien formada. Lucía un sencillo vestido protegido por blanco delantal.

—¿Se puede saber que...?

La mujer enmudeció.

Lo primero que vieron sus ojos fue la linterna en el suelo. Y a poca distancia, también en el suelo, aquel fantasmagórico y cadavérico individuo hundiendo sus colmillos en el cuello de Edward Taylor. Un rostro blanquecino que giró hacia la mujer. Dejando escapar hilillos de sangre por la comisura de los labios.

Stella sintió flaquear sus piernas, aunque no llegó a desmayarse.

Con horrorizados ojos abrió la boca para soltar todo su espanto.

Un grito que no llegó a brotar.

Fred Sandrich, hasta entonces agazapado tras el auto, saltó ágil sobre la mujer.

Taponándole la boca.

La visión de Fred sí hizo desvanecerse ahora a la mujer. Aquel palpitante cuerpo en carne viva. El contacto de aquellas viscosas manos salpicadas de costras.

Sí.

Stella Taylor perdió el conocimiento. Afortunadamente para ella.

* * *

—Ahí llega tu padre —sonrió Stella, acudiendo hacia el ventanal.

Paulette se incorporó del sofá.

Se aproximó apartando los cortinajes.

—Era hoy cuando tenía esa importante entrevista, ¿verdad mamá?

—Sí.

—Esperemos que le haya ido bien —suspiró la muchacha

retornando al sofá—. En caso contrario nos espera una velada amarga. Muy amarga.

—No digas tonterías. ¡Y baja el volumen del cassette!

Paulette se había tumbado de bruces sobre el sofá. Alargó la diestra para incrementar el volumen del aparato. La cinta de Paul Simón se dejó oír con más fuerza.

Stella dirigió una mirada de reproche a su hija. No quiso reprenderla verbalmente. Si Edward Taylor llegaba con malas noticias, sería ciertamente una noche tormentosa. Mejor no complicarla discutiendo con Paulette.

—Es extraño...,

—¿Qué dices? —Paulette se decidió por acallar a Paul Simón.

—Tu padre. No ha encendido la luz del garaje. No se iluminó al levantarse la puerta, pero tampoco la ha accionado manualmente.

—De seguro no funciona.

Stella permaneció unos instantes frente al ventanal.

Terminó por girar sobre sus talones.

—Ahora está con la linterna. He visto fugaz un rayo de luz. Voy en su busca, ¿me acompañas?

—No. Sospecho malas noticias —sonrió Paulette—. De ser buenas ya estaría aquí vociferándolas.

Stella, sin responder al comentario de su hija, abandonó el bungalow.

Paulette se sentó en el sofá procediendo a recoger los cassettes diseminados por el suelo. También desconectó el aparato.

Alzó vivamente la cabeza al oír el chirriar de la puerta.

Un chirriar leve.

El ruido no procedía de la puerta principal.

Paulette caminó hacia el ventanal del salón. Justo a tiempo de ver a su madre introducirse en el garaje.

De nuevo el chirriar de la puerta.

La joven giró con rapidez identificando el ruido.

Era la puerta de la cocina. Sin duda Edward Taylor había bordeado el bungalow penetrando por la puerta posterior.

—Papá... ¿Eres tú, papá?

Escuchó los pasos por el corredor.

Avanzando hacia el salón.

El primero en aparecer bajo el umbral fue Marty Gardand.

Asomando su desproporcionada cabeza. Con aquel único ojo, grande y redondo, centrado sobre la frente. El boquete de su boca casi confundido con los orificios nasales. Su rostro, el color de la piel, de un repulsivo tono grisáceo.

Y las manos.

Las manos de Marty Gardand.

Cada una formada por diez dedos cortos y gruesos.

Vueltos al revés. Manos que semejaban los viscosos tentáculos de un pulpo.

Paulette desorbitó los ojos.

Pálida.

Sin dar crédito a aquella horrible aparición.

Abrió la boca. Desmesuradamente. No llegó a gritar. El horror fue mayor. Máxime al ver avanzar a Gardand.

Y las fuerzas abandonaron a Paulette.

Se desmayó sin proferir un solo grito. Manteniendo en su rostro aquella mueca de horror.

Una sonora carcajada retumbó en la estancia.

—Eres único, Marty. A tu lado no es necesario utilizar la violencia. Todos se desmayan con solo verte aparecer.

—Es… es… muy bonita, ¿verdad, Christopher?

La voz de Marty Gardand era aguda, silbante. Como si aquel boquete que se formaba en su boca carente de labios fuera incapaz de modular palabras.

Christopher Streep centró su mirada en la desvanecida muchacha.

Paulette vestía una corta falda y blusa anudada bajo el busto. Al caer había descalzado las frágiles chinelas. La falda había subido muy por encima de las rodillas. Mostrando casi en su totalidad los esbeltos y bronceados muslos.

Streep asintió.

—Cierto, muchacho. Muy bonita. Y joven. Un bocado apetitoso para Fred., y también para mí.

—No… no le hagas daño, Christopher.

Streep desvió la mirada.

Fijando sus ojos en Marty Gardand.

También Gardand lucía una larga chaqueta color azul pálido, pantalón y mocasines. Al igual que Christopher Streep. Este con su

rapada cabeza serpenteada de verdosas cicatrices.

Streep sonrió.

Maligno.

Comenzó a desabotonarse la chaqueta.

—¿Hacerle daño? Todo lo contrario, Marty. Conmigo disfrutará. Pronto la oirás aullar de placer.

Las correctas facciones de Christopher Streep se desencajaron formando una satánica mueca. Una cruel expresión que se incrementó al aproximarse lentamente hacia la inconsciente Paulette.

CAPITULO V

El cuerpo de Christopher Streep era el de un atleta.

Fornido y corpulento.

De membrudos brazos y poderoso tórax. Cualquier leve movimiento hacia destacar su pujante musculatura.

Streep aplicó el gollete de la botella a sus labios. Bebió largamente. Hasta casi vaciar el whisky. Surcos de líquido resbalaron por su barbilla goteando sobre el desnudo tórax.

Arrojó la botella.

—Bien, nena... Te ha llegado el gran momento. He esperado a que despertaras, ¿sabes? No hubiera sido correcto aprovecharme de tu desvanecimiento. No por mí, sino por ti. Sería poco galante privarte de todos los detalles.

Christopher Streep rio en desaforada carcajada.

Estaba inclinado sobre Paulette. En la amplia alfombra del salón. Las manos de Streep manipularon en la anudada blusa femenina hasta abrirla y dejar al descubierto los breves y puntiagudos senos de la joven.

Con la minifalda fue menos considerado. Tiró de la cintura rompiendo el zipper y rasgando la tela. Las manos de Christopher Streep, auténticas zarpas, también arrancaron violentamente el slip.

Al contemplar la desnudez femenina chasqueó la lengua.

Con sádica sonrisa.

—Una muñeca de porcelana... Me temo que demasiado frágil, pequeña. Al menos para mí. Yo soy un gigante. Un atleta. Puedes tocar mis músculos y comprobarlo.

Por supuesto Paulette no aceptó la invitación.

La mente de la muchacha estaba bloqueada por el terror. Era consciente de que iba a ser brutalmente violada por aquel corpulento individuo; sin embargo toda su atención, todo su indescriptible horror, se fundamentaba en Marty Gardand.

En aquella deforme criatura que deambulaba por el salón como una fiera enjaulada.

Sobre aquel monstruoso hombre se centraban los alucinados ojos de Paulette. De ahí que ni tan siquiera reaccionara a las caricias de Christopher Streep. A sus grandes manos que abarcaron con

facilidad los breves senos.

—Sí, condenación —rio Streep, volcándose ahora sobre la inmóvil muchacha—. Una bella y frágil muñeca de porcelana...

Paulette sí gritó al ser salvajemente penetrada. Al recibir las sádicas caricias del individuo. Su cruel presión sobre los pechos. Los sañudos mordiscos. Las violentas sacudidas.

La instintiva resistencia femenina fue pronto doblegada a golpes. Volvió a quedar inmóvil. Presionada bajo aquel pesado cuerpo.

Marty Gardand había detenido su deambular frente a uno de los muebles del salón. Como si no deseara contemplar la brutal violación. Sus manos, aquellas manos de diez deformes dedos, se crisparon al oír los gritos femeninos entremezclados con el jadear de Streep.

Reflejado en uno de los cristales del mueble emergió la figura de Christopher Streep.

También resonó su risa.

—¡Eh, Marty!... ¿Por qué no te animas? Ahora la encontrarás dócil.

—¡Vete al diablo!

Streep procedió a vestirse.

Sin dejar de reír.

—Ah, sí... disculpa. Lo había olvidado, Marty. Tú eres fiel a tu amada. A la bella y dulce...

Gardand giró con rapidez.

Furioso.

Las dos pupilas de su ojo centellearon con siniestro brillo. Abrió la boca dejando escapar una especie de rugido. De aquel nauseabundo boquete asomaron unas gotas de espuma. Los dedos engarfiados.

—¡Cállate, Christopher!

Streep le dirigió una indiferente mirada.

Impasible a aquel espeluznante ser.

—A mí no puedes asustarme, Marty. Toda tu monstruosidad ni tan siquiera me hace pestañear. Y te advierto que no me gusta recibir órdenes. Recuérdalo. Recuerda también que puedo aplastarte como a una cucaracha.

Christopher Streep, sin esperar posible respuesta de Gardand, avanzó hacia el mueble-bar. Rebuscó entre las botellas allí alineadas

para seleccionar una de Johnnie Walker.

—Voy a prepararte un whisky, Marty. Te calmará los nervios. Apuesto que jamás has probado el whisky.

—Tengo hambre...

—¿Hambre? Pues sí. Tienes razón. También yo, Marty. Espera aquí.

Christopher Streep abandonó el salón.

Retornó a los pocos minutos portando una bandeja que depositó sobre la circular mesa situada junto al sofá.

Fue entonces cuando posó los ojos en Paulette. La muchacha continuaba sobre la alfombra. La cabeza ladeada. Los brazos en cruz y las piernas entreabiertas. Manchas de sangre se habían dibujado sobre la alfombra.

—¡Eh, muñeca de porcelana! —Rio Streep, golpeándola con el pie derecho—. ¿Vas a permanecer mucho tiempo así? Creo que un buen trago de whisky te ayudará a recuperar fuerzas.

—Déjala ya, Christopher.

La silbante y aflautada voz de Marty Gardand hizo reír aún más a Streep.

Resultaba divertida una voz casi femenina en un ser monstruoso como Marty Gardand.

—Okay, Marty. Puede que tengas razón. Dejémosla reposar. Veamos... jamón trufado, queso, croquetas, fiambre... Una cena fría, —eh, Marty. Yo te serviré.

Streep atrapó el cuchillo comenzando a trocear la barra de pan de molde. También cortó varias rodajas del fiambre y láminas de queso.

—Peter y Fred... tardan mucho.

—No te extrañe —sonrió Christopher Streep, tendiendo a su compañero un descomunal sándwich—. La señora Taylor todavía estaba en buenas condiciones. Apetitosa para Fred. Y no digamos el señor Taylor. Peter lo habrá encontrado... jugoso.

La estridente carcajada de Streep resonó con fuerza. Aquel comentario sobre sus padres hizo reaccionar a Paulette que trató de incorporarse.

Su intento fue de inmediato cortado por Streep. Con un violento patadón al bajo vientre.

—Sigue ahí, muñeca. Quietecita. ¡Maldita sea...! No va a

dejarnos cenar tranquilos. Vamos a la cocina,

Marty. Olvidé las cervezas. Y en el frigorífico quedaba mucho donde elegir.

Abandonaron el salón.

Justo en el momento en que se abría la puerta de entrada al bungalow.

En el living aparecieron Fred Sandrich y Peter MacGrath. Este último tenía la chaquetilla manchada de sangre.

—¡Eh, venid! —llamó Christopher Streep—. ¡A tiempo de cenar! Marty y yo ya hemos empezado.

—No contéis con Peter —rio Fred Sandrich—. El ya ha cenado.

La risotada de Sandrich fue de inmediato coreada por MacGrath y Streep.

Los cuatro siniestros personajes penetraron en la espaciosa cocina del bungalow. Al fondo de la estancia se veía la puerta que comunicaba con el jardín. Huellas de barro en el suelo delataban el paso de los intrusos a la casa.

Fred Sandrich se precipitó hacia el frigorífico. Con ambas manos rebuscó entre los alimentos.

—Pásame una cerveza, Fred —solicitó Christopher Streep—. ¡Y otra para el bueno de Marty!

Sandrich había hundido su diestra en una bandeja repleta de fresas con nata. Llevó un puñado a la boca.

—¡Infiernos...! Esto parece bien surtido.

Christopher Streep asintió con un movimiento de cabeza.

—Y no sólo eso, compañeros. Es el refugio ideal. Un bungalow aislado. Sin vecinos. Las viviendas lindantes están en alquiler. El vecino más próximo ocupa un bungalow al otro lado de Guest Boulevard. Esta casa está dotada de paredes aislantes. Ningún ruido nos delatará. Los Taylor recibían pocas visitas. El marido todo el día fuera de casa, la hija en la universidad...

Seleccioné bien la familia y el bungalow. Aquí estaremos tranquilos un par de días. Luego decidiré otro refugio más seguro.

—Ninguno mejor que Ball Street.

Todas las miradas se centraron en Marty Gardand.

—No seas estúpido, Marty —dijo Streep, tras vaciar de un solo golpe una lata de cerveza—. Permanecer en Ball Street era un gran riesgo. Cierto que se contaba con la protección, al menos

momentáneamente, de Cathy Ward; pero estábamos condenados a no salir de allí. Encerrados en un apartamento. ¡En pleno San Francisco!

—Cathy nos hubiera ayudado.

—¡Maldita sea, Marty! ¿Ayudarnos? ¿Quién puede ayudarnos? ¡Ni el mismísimo Satanás puede hacer algo por nosotros! Somos despojos humanos. Carne de laboratorio. Tú, precisamente tú, debes saberlo mejor que ninguno. Ingresaste en los Campos Investigación Biológica apenas nacer. Puede que en aquel entonces no se denominaran así, pero eran clínicas secretas. Tienes veinte años, Marty. ¿Qué han hecho por ti? Has deambulado por los Campos Experimentación Biológica. Como cobaya humana. Obediente y sumiso. ¿Qué eres tú, Marty? ¿Qué han hecho por ti?

—Yo...

—¡Nada, condenados sean! —Vociferó Streep—. Podían haber paliado tu monstruosa deformidad. Hay actualmente muchos adelantos en el campo de la cirugía estética y prótesis biónica; pero eso no les interesa. Prefieren tener un monstruo sobre el que investigar. Yo sé lo que han hecho contigo, Marty. Tus dos corazones, tu doble pulso... eres una magnífica cobaya. Estaba en estudio la inseminación artificial de un nuevo Marty Gardand. Para ellos, a! igual que Fred, Peter y todos los demás internos, somos cobayas. ¡Sólo eso!

—Cathy es diferente... ella me ayudó. Gracias a ella estoy fuera de La Granja. Era nuestra enfermera y nos ayudó.

Christopher Streep volvió a mover afirmativamente la cabeza.

—Cierto, pero ya está arrepentida de ello. Y tarde o temprano terminaría por delatarnos al servicio de seguridad de La Granja. Ya dudó en hacerlo cuando supo de las dos víctimas de Milesville. Nuestras dos primeras víctimas. Eso no entraba en los planes de Cathy Ward.

—Ella sólo pensó en mi huida. Vosotros no...

Streep rio ruidosamente.

Interrumpiendo a Marty Gardand.

—¡Seguro! Cathy sólo se fijó en el bueno de Marty. ¿Sabes por qué eres bueno? Ellos te han programado así. Te han enseñado a ser dócil. Desde tu nacimiento han jugado contigo. Como con un perro faldero. No conoces otra cosa, muchacho. No has salido de los

Campos Experimentación Biológica. Nosotros sí. Nosotros conocemos lo malo y lo bueno. ¡Y ellos son los malos! Fred, Peter, yo... todos los internos de La Granja somos basura para Cathy Ward. Monstruos. Física y moralmente. Con nosotros no pensó, por supuesto. Sólo te sacaría a ti.

—Y cometí el error de hablar contigo.

—En efecto. Ese fue tu error... o tu gran acierto. Conmigo sí saldrás adelante, Marty. Con la enfermera Cathy Ward, en su apartamento de Ball Street, terminarías cazado a tiros. Como una bestia. Sin que Cathy lograra impedirlo.

El ojo de Marty Gardand, aquella espeluznante esfera de dos pupilas, contempló alternativamente a sus tres compañeros.

—Fue un error... No debí contar nada. Vosotros...

Tú, Christopher... Te aprovechaste del plan ideado por Cathy. La fuga sólo estaba pensada para mí. Sólo yo tenía que estar fuera de La Granja. Con Cathy.

—¡Ya basta, maldita sea! —Christopher Streep arrojó con violencia la lata de cerveza—. De no salir del apartamento de Cathy hubiéramos caído en poder de los sabuesos del doctor Woos. Confiad en mí, compañeros. Yo tengo una inteligencia superior a la de todos ellos. Muy superior. Ellos me la han proporcionado... y con ella les derrotaré.

—Confiamos en ti —aseguró Fred Sandrich—. ¿No es cierto, Peter?

MacGrath también asintió.

En silencioso movimiento de cabeza.

—Perfecto, muchachos —sonrió Streep, complacido—. Celebraremos nuestro primer día de auténtica libertad. Mañana comenzaré a madurar un plan de acción, pero ahora es momento de celebrar nuestra libertad. ¡Por todos los diablos...! Termina ya de comer, Fred. Voy a por unas botellas de whisky.

Christopher Streep, riendo a carcajadas, abandonó la cocina.

Al llegar al salón sorprendió a Paulette Taylor tecleando desesperadamente sobre el soporte del teléfono.

La muchacha se había arrastrado desde la alfombra hasta la mesa donde se emplazaba el teléfono. Dejando tras de sí un rastro de sangre. Por los muslos femeninos también se dibujaban surcos de sangre.

—No te molestes, muñeca. Es inútil, Antes de entrar en la casa corté la línea telefónica.

La joven palideció ante la aparición de Streep.

—Mis padres… dónde están mis padres…

Christopher Streep se había aproximado hasta el mueble-bar.

Sonrió divertido.

—¿Tus padres? Muertos, por supuesto. ¿Qué otra cosa se podía esperar?

—No… Dios mío… no…

Streep no llegó a coger la botella de Johnnie Walker. Sus ojos habían quedado fijos en el cuchillo depositado sobre la bandeja.

Un cuchillo de cocina.

De larga y ancha hoja.

Muy afilado.

—¿Sabes una cosa, muñeca de porcelana? Si tus padres han muerto no es justo que tú permanezcas aquí. Debes seguirles al Más Allá. De seguro que te esperan impacientes en el infierno.

Christopher Streep había atrapado el cuchillo.

Avanzó hacia Paulette.

Las facciones desencajadas en una sádica y demoníaca mueca.

Paulette Taylor, al contemplar el rostro del individuo, comprendió que estaba sentenciada. Que le esperaba una muerte horrible. Que aquel hombre de apariencia normal era en verdad un monstruo.

Un monstruo más temible que la deforme criatura de un solo ojo.

Sí.

Christopher Streep era un monstruo de maldad.

Y lo iba a demostrar.

* * *

Las manos de Christopher Streep actuaban torpemente, sin embargo conocía a la perfección todo cuanto estaba haciendo. Cada corte, cada incisión, le eran familiares. Con un conocimiento que envidiaría el más afamado de los cirujanos.

Streep se alzó unos instantes.

Para mejor contemplar su obra.

El cuchillo, en su diestra, goteó abundantemente sobre la

alfombra. Aquella lluvia de gotas rojas eran insignificantes comparadas con el gran charco de sangre ya formado.

La propia Paulette era un amasijo de carne sanguinolenta.

La garganta seccionada por completo. De oreja a oreja. El tronco abierto en brutal y profundo surco, de arriba abajo, entre los pechos y la vagina.

Christopher Streep sonrió.

Satisfecho.

La primera incisión la había realizado tras la oreja izquierda de Paulette. Profundizó la hoja. Le fue fácil seguir el tenue crujir del cartílago. Un manantial de sangre le salpicó, pero aquello no hizo más que incrementar el morboso placer de Streep.

Seguidamente realizó el corte principal iniciándolo en la concavidad de la garganta. Muy profundo. Un trazo de negruzca sangre que pasó entre los pechos de Paulette socavando aún más al llegar al ombligo.

Y luego la más alucinante y satánica de las disecciones.

Sí.

Christopher Streep conocía todo cuanto iba realizando.

Primero se dedicó al corazón. Cortó la vena cava superior e inferior. Con la zurda tiró de las viscosas venas suprahepáticas. Soltó el cuchillo para con ambas manos extraer la sanguinolenta víscera.

La alzó orgulloso.

Como si contemplara un trofeo.

Tomó de nuevo el cuchillo. La ancha, larga y afilada hoja teñida por completo en rojo.

Hasta el mango.

Apartó los intestinos colocándolos sobre el desencajado rostro de Paulette. Comenzó a trabajar en el riñón derecho, seccionando la arteria aorta y la vena cava. Al intentar extraerlo, y ante la leve resistencia, maldijo su olvido al no cortar el uréter.

Prosiguió.

Satánicamente.

Con las facciones transfiguradas en indescriptible mueca sádica.

El corazón, los riñones, los intestinos, los tubos falopianos, el hígado, vísceras...

Todo aquel amasijo de sanguinolenta carne eran familiares para

Christopher Streep.

Se recreaba en cada una de aquellas vísceras.

Ni tan siquiera escuchó las voces y los pasos que se aproximaban al salón. Ni la estridente carcajada de Fred Sandrich.

—¡Eh, Christopher!… ¿Dónde está la chica? Me ha dicho Marty que es una linda jovencita que…

El mismísimo Fred Sandrich enmudeció alucinado por el espectáculo.

Christopher Streep. Inclinado sobre aquel cuerpo femenino ya convertido en magma sanguinolenta y viscosa. Bañado en la sangre de su víctima.

Peter MacGrath sí reaccionó.

Riendo en espeluznante carcajada se precipitó sobre el mutilado cuerpo de Paulette. Las blanquecinas manos de MacGrath pugnaron por coger el resbaladizo hígado extirpado. Una vez logrado su objetivo lo llevó a la boca. Clavando sus afilados colmillos. Fue como el pinchar un globo. La sangre salpicó por completo el rostro de Peter MacGrath.

Aquello hizo reír a Streep.

También Fred Sandrich coreó con su infernal carcajada. Y avanzó hacia aquellos despojos humanos. Con la mirada centrada en el ensangrentado corazón de Paulette.

El trío satánico inició una nueva orgía.

Marty Gardand estaba paralizado bajo el umbral de entrada al salón. El boquete de su boca se abría y cerraba convulsivo. Su propia deformidad impedía cualquier expresión a su rostro; sin embargo sí se delataba el horror en la doble pupila de su ojo. Contemplando aquella macabra y diabólica escena de canibalismo.

Y Marty Gardand, el monstruoso interno de La Granja, escapó horrorizado del bungalow.

CAPITULO VI

Nicholas Fisher frisaba en los cincuenta años de edad. Un individuo de rostro alargado. Equino. Sobre su tersa frente destacaban unas cejas espesas y oscuras. Ojos vivos, inteligentes, de astuta mirada.

—Vodka, ¿verdad, William? Aún recuerdo tus gustos. Eres el clásico tipo difícil de olvidar.

—Lo que tú recuerdas bien son mis dólares. Siempre pago con generosidad y al contado.

Nicholas Fisher agrandó los ojos.

Fingiendo haber sido ofendido.

—No digas eso, muchacho. Sabes que te aprecio. Como a un hijo. Cierto que tus dólares, tu pródiga generosidad, son siempre bien recibidos; pero eso es secundario. Llevaba un par de años sin saber nada de ti. Te hemos echado de menos por aquí.

—No acostumbro a visitar California.

—Lo sé.

William Corey sonrió.

Burlón.

—¿De veras?

—Bueno... tu residencia habitual es Nueva York, Chicago, Dallas... ¡Maldita sea, William! No tienes un domicilio fijo. Eres un tipo extraño. Recuerdo que en nuestro primer contacto sospeché que eras un agente del F.B.I. Sí, diablos. No te sorprendas. También el Federal Bureau of Investigation acude al viejo Fisher en busca de información. La que no puede conseguir en sus fabulosos archivos. También la C.I.A. solicita ayuda a la organización Fisher.

—Y la K.G.B.

Nicholas Fisher arrugó instintivamente la nariz.

Chasqueó la lengua.

—No digas eso, muchacho. Es peligroso.

—Y cierto.

—Yo no formulo preguntas a mis clientes, William. Me limito a facilitarles la información que solicitan. ¿La K.G.B.? No sé que decirte, hijo. Tal vez haya facilitado datos a un espía ruso. Inconscientemente, por supuesto. Puede que ahora mismo también

lo esté haciendo.

William Corey tomó el vaso de vodka ofrecido por su interlocutor.

—Tienes mucha imaginación, Nicholas.

—¿Por qué no puedes ser un agente de la K.G.B.? Entra dentro de lo posible. Me consta que no perteneces al F.B.I, ni a la C.I.A. ¿Quién eres realmente, William? ¿Para quién trabajas?

—Tenía entendido que la organización Fisher jamás hacía preguntas a los clientes.

Nicholas Fisher parpadeó unos instantes.

Terminó por reír sacudiendo la cabeza.

—Okay, muchacho. Tienes razón. Esa es mi regla fundamental. Nada de preguntas, pero reconoce que eres el único fulano que ha conseguido interesarme. Me gustaría saber…

El sonido del interfono depositado sobre la mesa escritorio interrumpió a Nicholas Fisher.

Pulsó una palanca.

—¿Sí, Douglas?

Por el micro del aparato sonó una voz.

—Se ha recibido una llamada en la comisaría de Brass Avenue, en el Distrito Siete. Un tal Michael Dickinson denuncia haber sido atacado por un manco. Un tipo que lucía un garfio en el amputado brazo.

Nicholas Fisher fijó la mirada en Corey. Este, tras beber un sorbo de vodka, denegó con un leve movimiento de cabeza.

—Gracias, Douglas. Sigue coordinando y pasándome todas las denuncias que se reciban.

Fisher volvió a pulsar la palanca del interfono.

Se reclinó en el sillón giratorio.

—Bueno, William. No te interesa el Capitán Garfio, ¿eh?

—No. Yo busco al cocodrilo.

Nicholas Fisher comenzó a reír, aunque de inmediato borró la sonrisa golpeando la mesa con el puño derecho.

—¡Maldita sea!… ¿Por qué no eres un poco más explícito? ¡Te podrías ahorrar muchos dólares! ¿Sabes lo que te cuesta el tener un… un «escucha» en cada una de las comisarías de San Francisco?

—No reparo en gastos.

—Oye, muchacho… comprendo que tu trabajo te recomiende y

obligue a ser prudente y discreto; pero todo tiene un límite. Puedes sincerarte conmigo. Lo de Cathy Ward. En menos de una hora te proporcioné la información que deseabas, ¿no es cierto? Y sólo me habías dado un nombre: Ward. Aparecieron en mis ordenadores cientos de Ward. Descartamos a los varones. Luego, según los datos, fueron desapareciendo cartulinas. Sólo quedaron poco más de una docena de tarjetas perforadas. Según tus instrucciones se seleccionaron profesiones cualificadas en el campo de la medicina o derivados.

—Sí, Nicholas. Un trabajo rápido y eficaz.

—En efecto. Ya tienes a tu señorita Ward. —Fisher tecleó sobre unos papeles depositados sobre la mesa—. Enfermera particular de un tal Henry Werker, propietario de una casa de campo próxima a Milesville. Cathy Ward, veinticuatro años de edad, con domicilio habitual en San Francisco, en el 883 de Craig Street, apartamento....

—Ya lo he grabado en la mente —interrumpió Corey, encendiendo un cigarrillo—. No es necesario que sigas.

—Sólo quiero hacerte comprender que con datos concretos, por breves que sean, sí se puede realizar un trabajo. ¿Qué estoy haciendo ahora? Un «escucha» en cada departamento de policía de la ciudad. ¿Para qué? Tomando nota de todas las llamadas que denuncien haber visto o sido atacados por hombres anormales físicamente. Sin especificar más.

—Correcto.

—¿Qué quieres? ¿Un marciano? ¡Maldita sea, William!... Ya es más de medianoche. Llevas aquí horas. Hemos recibido la información de treinta llamadas a las comisarías de policía. Llamadas absurdas, ridículas...

—No es tiempo perdido, Nicholas. He disfrutado de tu compañía y de tu magnífica cena.

—La pagarás, muchacho —dijo Nicholas Fisher, como si fuera una amenaza de muerte—. Te incluiré la cena en la tarifa. ¡Juro que lo haré!

—No hace falta que lo jures. Te creo capaz de eso y de mucho más. Eres peor que una sanguijuela.

William Corey se incorporó del sillón.

Se encontraba en la planta veinte de un edificio colmena. En las oficinas de Computers Fisher. Una tapadera. Bajo aquellas oficinas

de informática empresarial se ocultaban en verdad unos ordenadores electrónicos al servicio de datos no muy legales. Nicholas Fisher trabajaba en la cuerda floja. Facilitando información a la ley y al hampa. A todo el que pagara bien.

Desde el ventanal de aquel despacho se contemplaba una amplia panorámica de Nob Hill. La zona de San Francisco pródiga en hoteles y apartamentos lujosos. Los altos bloques de cemento parecían habitados por infinidad de luciérnagas.

El sonido del interfono hizo girar a Corey.

Nicholas Fisher ya había presionado el correspondiente pulsador.

—Adelante, Douglas.

Por el altavoz del aparato llegó primeramente una risita. Y acto seguido la voz del tal Douglas. Con marcado tono burlón.

—Eh, jefe…, de la comisaría de Barrio Dancer. Lo mejorcito de la noche. ¿Le gustan las novelas de terror?

—Escupe lo que tengas que decir, Douglas.

—Está bien… Natalie Ray. Acaba de telefonear a la comisaria de Barrio Dancer. Denunciando haber visto a Polifemo bajar por la escalera de incendios del edificio.

—¿A quién?

Volvió a sonar la risita de Douglas.

—Polifemo. Un tipo con un solo ojo, ¿sabe? Un solo ojo en mitad de la frente.

—¡Vete al diablo!

—Un momento, Nicholas —intervino William Corey, aproximándose a la mesa escritorio—. Es lo que estoy buscando.

Fisher bizqueó.

—¿Te has vuelto loco? Esa denuncia es la chifladura de una vieja histérica, William. ¿No lo comprendes? Asegura que ha visto a un individuo con un solo ojo en la frente.

Corey se inclinó sobre el interfono.

—Quiero el domicilio de Natalie Ray.

La respuesta de Douglas fue inmediata.

—Apartamento 10-D en el 883 de Craig Street.

—Gracias.

El propio William Corey desconectó el interfono.

Fijando la mirada en el perplejo Fisher, añadió:

—Debo irme, Nicholas. Sigue manteniendo a tus escuchas. Te llamaré. Tú puedes localizarme en el Parrish Building.

—William... ¡Espera!

Corey, ya junto a la puerta del despacho, giró sobre sus talones.

—¿Sí?

Nicholas Fisher comenzó a remover nerviosamente los papeles que se amontonaban sobre la mesa.

—Ese domicilio... el 883 de Craig Street...

—Correcto, Nicholas. No te molestes en buscar tus apuntes —dijo Corey, fríamente—. Es el mismo edificio en que habita Cathy Ward.

CAPITULO VII

Cathy Ward consultó por enésima vez la esfera de su reloj de pulsera. Y también por enésima vez posó su mirada en el teléfono depositado sobre la mesa de noche. Con instintivo movimiento de cabeza abandonó el dormitorio.

No.

No podía telefonear al doctor Herbert Woos.

Ya era demasiado tarde para rectificar.

Había cometido un grave error y ahora pagaba las consecuencias. Sobre su conciencia ya pesaban dos víctimas. Los dos hombres despedazados en Milesville.

Cathy pasó al salón.

En uno de los rincones de la estancia se emplazaba un mueble buró. Se sentó frente a la tabla escritorio. De uno de los cajones extrajo un grueso cuaderno de negras tapas de piel. Comenzó a escribir en él, aunque a los pocos segundos dejó de hacerlo para cubrirse el rostro con ambas manos.

—Dios mío...

La voz de la muchacha fue un susurro apenas audible.

Ella había dejado en libertad a cuatro monstruos. Les había dado cobijo y escondido en su apartamento.

Y ahora ya no estaban bajo su control.

Habían escapado de allí.

Deambulaban libres por la ciudad. Cuatro monstruos en San Francisco. Cuatro seres deformes que no dudarían en matar a quien les cerrara el paso.

Cathy se estremeció.

Un súbito escalofrío que la envolvió de pies a cabeza.

Con maquinales movimientos se ajustó la bata de seda, pero aquel frío continuó en ella. En su interior. Atenazando su corazón. Dominándolo por negros presagios.

Se inclinó de nuevo sobre el buró.

Dispuesta a proseguir la escritura.

No llegó a trazar una sola letra. Quedó inmóvil. Conteniendo la respiración. Podía percibirlo. Era casi palpable. Sobre su nuca. Unos ojos. Unos ojos la estaban observando.

Cathy giró.
Lentamente.
Se había equivocado.
No eran unos ojos, sino un solo ojo.
Un ojo con dos pupilas.
Cathy se llevó las manos a la garganta controlando con dificultad un grito de terror. Interiormente, y al instante, condenó su estupidez. Había contemplado el rostro de Marty Gardand durante tres años. Ella misma le había cuidado día y noche.
Sin embargo…
La visión de aquel macrocéfalo rostro asomando tras el ventanal era aterradora. Aquellas manos de diez dedos crispados sobre el cristal. El nauseabundo boquete de su boca abierto, asomando la blanquecina lengua.
La joven reaccionó acudiendo al ventanal del salón.
Abrió la doble hoja permitiendo el acceso de Gardand. Este pasó de la escalera de incendios al interior de la casa.
—¡Marty, por el amor de Dios!… ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué has abandonado e! apartamento? ¿Dónde están los otros?
—Yo… yo no quería, Cathy… Ellos me obligaron. Fue idea de Christopher. Dijo que era peligroso permanecer aquí.
—¿Dónde están ahora?
—No lo se… en un bungalow… lejos de aquí. Llevo horas recorriendo la ciudad… ocultándome… no conseguía dar con Craig Street; pero ya estoy aquí, Cathy. Contigo. Yo quería estar contigo. Tú eres muy bonita… tú eres mi amiga…
Sí.
Aquello era como una escena de La Bella y la Bestia.
A la monstruosidad de Marty Gardand se enfrentaba la extraordinaria belleza de Cathy. Con sus veinticuatro esplendorosos años. Su rostro atractivo. Su cuerpo bien formado que se adivinaba sinuoso bajo la tenue bata de seda.
—Marty… ¿ha ocurrido algo? ¿Ha sucedido algo… malo? ¿Qué fue de los habitantes de ese bungalow?
La voz de Gardand sonó aún más aflautada.
Escupiendo saliva al hablar.
—Era una familia… Christopher utilizó uno de tus postizos de cabello para hacerse una peluca y ocultar las cicatrices de su

cabeza. Luego compró un auto. Nosotros le esperábamos aquí. Con ayuda de Christopher logramos bajar sin ser vistos. Christopher también estuvo investigando en una zona… creo que en Barrio Rodd. Una familia. Los Taylor. Buscó una familia poco relacionada y liberal para poder permanecer unos días en…

—Esa familia, Marty. ¿Qué fue de ella?

Las dos pupilas se dilataron en el esférico ojo de Gardand.

—Muertos… todos muertos… El matrimonio y la hija. Christopher violó a la muchacha. Yo lo vi, Cathy. Luego… luego se dedicó a despedazar su cuerpo… con un cuchillo extrajo sus vísceras… llegaron Fred y Peter. Los tres, como perros hambrientos, comenzaron a devorar aquellos despojos humanos que…

—No… no… Dios mío…

—No llores, Cathy. No quiero que llores. Todo es culpa mía. Yo no debí hablar a Christopher de tu plan.

Cathy, con llorosos ojos, reaccionó a la alucinante confesión de Gardand.

—También yo soy culpable, Marty. Y quiero que comprendas mi error. No debí sacarte de La Granja.

—Pero tú…

—Sí, lo sé. Quería salvarte de los experimentos que el doctor Woos tenía proyectado sobre ti. No… no me gustaban. De ahí que planeara la forma de que escaparas de La Granja. Coincidiendo con mi semana de permiso en San Francisco. Aquí yo te cuidaría y juntos decidiríamos lo que hacer. No contaba con la intervención de Christopher, Peter y Fred.

—Yo soy el culpable de…

—Christopher es demasiado inteligente, Marty. Demasiado. Le resultó sencillo sonsacarte al adivinar tu euforia o cualquier otro pequeño detalle. Lo cierto es que cuando se descubrió la fuga de los cuatro, comprendí que tú ya no estarías en el lugar de Milesville acordado.

—Le dije a Christopher que tú ordenaste que te esperara en aquel barracón abandonado de Milesville, pero él decidió por atacar a aquellos dos hombres para robarles el auto y acudir directamente a tu apartamento de San Francisco. Yo conocía tu domicilio. Tú misma me lo habías dicho por si me encontraba en dificultades.

Cathy asintió.

Con leve y amarga sonrisa.

—Sí... fue una sorpresa encontrarme con los cuatro aquí. Yo te esperaba a ti, Marty. Solamente a ti. Durante dos días os he proporcionado refugio. Sin saber reaccionar. Atormentada. Tentada de acudir a los servicios de seguridad de La Granja, de confesarlo todo...

—Te castigarían, Cathy.

—Estoy decidida, Marty. Debo hacerlo. Hoy, al regresar y no encontraros aquí, creí enloquecer. Era consciente de vuestra peligrosidad. No la tuya, Marty; sino la de Fred, Peter y Christopher. Especialmente Christopher.

—El es diferente a nosotros. El puede pasar desapercibido. Sin ocasionar terror. El no es un... un...

—Sí lo es, Marty. Es el peor monstruo de La Granja. Voy a telefonear a! doctor Woos. Quiero que lo comprendas, Marty. Es lo mejor.

—Todo lo que tú hagas está bien, Cathy, pero tengo miedo.

—No te preocupes. Todo saldrá bien. Cuidaré de ti, Marty. En La Granja. Al igual que antes. Y no consentiré que te hagan daño, ¿de acuerdo?

—Sí, Cathy.

La muchacha acudió hacia el teléfono situado sobre uno de los muebles del salón. Su dedo índice comenzó a recorrer nerviosamente el dial. La señal de llamada se interrumpió al poco de iniciarse.

Cathy tecleó una y otra vez.

Sin conseguir línea de comunicación.

Y de inmediato sospechó lo ocurrido.

Confirmando su temor surgió Christopher Streep bajo el umbral de entrada al salón. Haciendo bailar una llave en su diestra.

—Buenas noches, Cathy. Perdona tan intempestiva hora de visita, pero ya que me molesté en hacer un duplicado de la llave...

Fred Sandrich y Peter MacGrath aparecieron tras Streep.

El primero de ellos llegaba tirando de los cables del hilo telefónico.

—Ya es suficiente, Fred —sonrió Christopher Streep—. Mirad quien está aquí. El bueno de Marty. ¿Qué te ocurrió, muchacho? Te largaste sin despedirte.

—Habíamos conseguido un traje a tu medida —añadió Fred Sandrich—. Tan elegante como el mío. El vestuario del difunto señor Taylor era muy variado.

Los tres individuos ya no lucían el obligado uniforme de internos de La Granja.

Fred Sandrich y Peter MacGrath se habían equipado en el armario del bungalow.

Christopher Streep, dada su atlética complexión y estatura, no pudo aprovechar la ropa del infortunado Edward Taylor; aunque tampoco le importó.

Streep era precisamente el único del grupo que podía pasear por las calles de San Francisco. Con sólo una peluca que ocultara las cicatrices de su cabeza. Primeramente se apoderó del traje de una de las víctimas de Milesville. Y ahora lucía ropa adquirida en un comercio de Market Street.

—Marty prefiere los cuidados de Cathy —comentó Christopher Streep—. Incluso no le importaría ponerse uno de sus vestidos, ¿eh, Marty? Sí, muchacho. Sabía que te encontraría aquí. Bajo las faldas de la señorita

Ward. Fue de mala educación marchar sin despedirte, Marty. No me gustó.

—Marty regresará conmigo a La Granja —intervino Cathy con una firmeza de voz desmentida por la palidez de su rostro —. Lo hemos decidido. Y os aconsejo a vosotros hacer otro tanto.

Streep sonrió.

—A él puedes engatusarle, Cathy. Está enamorado de ti como un idiota. Se dejará conducir fácilmente al matadero.

—Nada os ocurrirá. Yo me responsabilizo de ello.

—Ahora eres tú la estúpida, Cathy —dijo Christopher Streep, borrando paulatinamente la sonrisa—. Hemos ocasionado varias víctimas. Ya no podemos regresar.

—¿A qué temes, Christopher? ¿La silla eléctrica? Eso no es para vosotros. Sois ciudadanos… especiales. La mayoría de los internos de La Granja han sido dados por muertos a sus respectivos familiares. No existen. Y la justicia no puede actuar contra ellos.

—No me convences, Cathy. Estamos en libertad y vamos a seguir disfrutando de ella. Marty… ¿con nosotros o con Cathy? Decide.

La respuesta de Gardand fue inmediata.

—Me quedo con Cathy.

Christopher volvió a reír.

Con satánica y cruel mueca.

—No, Marty. Te marchas con ella. ¡Al infierno!

Actuaron al unísono. Como si hubieran realizado aquel ataque en infinidad de ocasiones. El primero en actuar fue Streep. Abalanzándose contra Marty Gardand. También Sandrich y MacGrath habían saltado sobre la muchacha.

Marty Gardand, consciente de su inferioridad, retrocedió atemorizado. Tropezó torpemente perdiendo el equilibrio. Y aquella caída consiguió esquivar a Christopher Streep que también rodó por el suelo del salón.

Gardand fue más rápido en incorporarse y saltar al balcón.

—¡Condenado sea!… Escapa por la escalera de incendios —exclamó Streep, precipitándose también hacia el ventanal—. ¡Córtale el paso en el callejón, Peter!

Sandrich y MacGrath retenían a Cathy contra uno de los muebles.

Inmovilizándola y taponando su boca para impedir que gritara en demanda de auxilio.

—Obedece, Peter sonrió Fred Sandrich, posando su diestra en torno al frágil cuello femenino—. Yo me encargaré de ella.

MacGrath corrió hacia la puerta de salida del apartamento.

Fue entonces cuando la muchacha pugnó por liberarse de Sandrich. Comenzó a bracear desesperada. Su mano derecha arañó el rostro del individuo. Aquel rostro sin piel. Aquella carne en vivo salpicada de repulsivas pústulas.

Cuatro surcos sanguinolentos se dibujaron en la mejilla de Fred Sandrich. Y las uñas de Cathy se tiñeron de rojo y de una blanquecina sustancia purulenta que brotó de las costras salpicándola en la mano.

Cathy quiso gritar.

Dar rienda suelta a su horror y repugnancia.

Pero la diestra de Sandrich continuaba reteniendo su cuello con fuerza. Presionándola contra el mueble. Controlando todo sonido que brotaba de la garganta femenina.

—Perra… maldita perra…

Fred Sandrich, con el rostro encendido, con infinidad de venillas

hinchadas y sanguíneas, comenzó a golpear violentamente a la joven. Con el puño izquierdo. En los pechos, en el estómago, en el bajo vientre...

Salvajemente.

Cathy abrió desmesuradamente la boca.

No consiguió gritar, pero si vomitó aparatosamente.

Sandrich rio divertido. Sin soltar a su presa. Reteniéndola con la mano derecha contra el mueble principal de! salón. Presionando con más fuerza su cuello. Descargando con mayor sadismo su puño izquierdo en el vientre y pechos femeninos.

—La altiva señorita Ward... ¿Vomitas, nena? Lo comprendo. En La Granja era yo, solamente yo, quien te producía náuseas. Lo sé. Me percataba de ello con facilidad. Podías sonreír al monstruoso Marty, tapar cariñosamente al hombre-tronco de Paul...; pero Fred Sandrich te resultaba repugnante. Me daba cuenta de ello, Cathy. Y soñaba contigo. Soñaba con tenerte a mi merced. Como ahora.

Sandrich la soltó.

Consciente de que ni un solo gemido escaparía de Cathy.

En efecto.

La muchacha se desplomó semiencorvada. Tocando con su frente en las rodillas. La boca desmesuradamente abierta. Sintiendo que el aire no llegaba a sus pulmones.

Fred Sandrich la aferró por los cabellos.

La arrastró por el suelo.

—Vas a pagar muy caro todos tus desprecios, Cathy. Yo me ocuparé de ello.

La condujo al dormitorio.

Se inclinó sobre la joven despojándola de la bata de seda. Cathy lucía un corto camisón y diminuto slip.

Ambas prendas también le fueron arrebatadas por Fred Sandrich.

Con brutalidad.

La voz de Cathy sonó tenue e implorante.

—Fred... no... no quiero morir...

El sanguíneo rostro de Sandrich palpitó convulso.

—¿Acaso prefieres hacer el amor conmigo, Cathy? Soy Fred Sandrich. ¿Soportarías mis caricias? Fíjate en mis manos, nena. Contempla las costras pegadas a la carne... carne viva... gelatinosa...

¿Soportarías las caricias?

La diestra de Sandrich avanzó con lentitud.

Se deslizó primeramente por la mejilla izquierda de Cathy. Esta pudo percibir la repulsiva rugosidad de la palma junto con la viscosa blandura de la carne. Y acto seguido aquella mano se apoderó del seno izquierdo. Estrujándolo con salvaje sadismo.

Cathy gritó de dolor.

Y Fred Sandrich aprovechó para introducir el minúsculo slip en la boca de la muchacha. Taponándola con brutalidad. Con el lazo de la bata sujetó las muñecas de Cathy.

El individuo se incorporó abandonando la estancia.

Retornó a los pocos minutos portando una cuerda. Ató uno de los extremos al tobillo izquierdo de la joven. Luego pasó la cuerda por una de las argollas de la lámpara que pendía del techo.

Y comenzó a tirar.

—Espero que aguante... ¿Tú qué opinas, Cathy?

El cuerpo de la muchacha se fue izando poco a poco.

Cathy sacudió desesperadamente la cabeza. Con el rostro desencajado. La boca deformada por el introducido slip. Dejando escapar roncos estertores de su garganta. Gritos transformados en guturales sonidos.

Sí.

La argolla soportó el peso femenino.

Cathy quedó colgada del techo por uno de los tobillos. Oscilando macabra. Con la pierna derecha doblada. Los sedosos cabellos rozando el suelo. Contemplando horrorizada como la estancia giraba a su alrededor.

Fred Sandrich pasó la cuerda por uno de los barrotes de la cama formando un nudo.

—Bueno... Ahora te ataré la otra pierna. Espera. Voy a por un cuchillo. Es una cuerda gruesa, ¿sabes?

La ausencia de Sandrich volvió a ser breve.

La muchacha, aterrada, escuchó su risa por el corredor.

—¡Eh, Cathy!... Es un cuchillo eléctrico, ¿verdad? Lo encontré en tu cocina. Había oído hablar de ellos... Voy a probarlo. ¿Tienes por ahí un enchufe? Ah, sí... Ahí tenemos uno.

El cuchillo era largo. De hoja de sierra. Con ancho mango dotado de dos pulsadores de velocidad.

Sandrich conectó el longitudinal cable al interruptor emplazado próximo a la mesa de noche.

—Muy silencioso... Me gusta, Cathy —Fred Sandrich cortó fácilmente el trozo de cuerda sobrante—. ¡Infiernos!... Corta como una guillotina. Sin el menor esfuerzo.

Cathy continuaba sacudiendo la cabeza.

Enloquecida por el horror.

Fred Sandrich estaba atando el otro tobillo. El derecho. Tiró de la cuerda para sujetarla a uno de los salientes del armario.

Las piernas de la muchacha quedaron formando un ángulo recto.

Sandrich volvió a apoderarse del cuchillo eléctrico.

Sonrió.

—Yo no soy uno de los afamados cirujanos de La Granja, Cathy. No he tenido estudios. Soy un pobre ignorante. Ni tan siquiera dispongo de anestesia. Espero disculpes mi torpeza.

Cathy desorbitó los ojos.

Sus ahogados estertores resultaron casi ruidosos.

Alucinada, en indescriptible paroxismo de terror, contempló como Fred Sandrich se aproximaba lentamente.

Riendo en diabólica carcajada.

Conectó la máxima velocidad al cuchillo eléctrico.

Acto seguido, sin dejar de reír, colocó la aserrada hoja metálica entre los muslos de Cathy Ward.

CAPITULO VIII

—¿Señora Ray?

—¡Señorita Ray!

William Corey sonrió contemplando a la anciana de rostro ajado.

—Disculpe, señorita Ray. ¿Me permite pasar?

—Sí, por supuesto. Empezaba a temer que no harían caso a mi llamada. No oí muy bien por el portero eléctrico. Es usted agente de policía, ¿verdad?

—William Corey. Y estoy aquí para que me amplíe datos de su denuncia —dijo Corey, adentrándose en el apartamento sin responder a la pregunta de la anciana.

—El personal de su departamento es sumamente grosero, sargento Corey. Me tomaron por una loca histérica cuando les informé de....

—No se altere, señorita Ray. El estar yo aquí significa que se ha considerado muy en serio su llamada. ¿Quiere decirme exactamente lo que ocurrió?

Natalie Ray había deslizado la puerta corredera que separaba el living del salón.

—Yo estaba durmiendo, teniente —dijo la anciana, aumentando inconsciente la graduación—. Me retiro siempre muy temprano. Me despertó Henry. Se encontraba algo indispuesto. Fui a la cocina en busca de un vaso de leche. Me pareció oír unos ruidos por la escalera de incendios y acudí al salón. Fue horrible... espantoso...

—Tenga valor, señorita Ray.

La anciana asintió.

Animada por la sonrisa de Corey.

—No llegué a abrir el ventanal del salón. Sólo aparté las cortinas. Y entonces le vi. Bajaba como alma que lleva el diablo. Aunque... tal vez fuera el mismísimo Satanás. Cayó aquí — Natalie Ray había deslizado el cortinaje señalando la plataforma de la escalera de incendios—; pero de inmediato se incorporó. Y entonces pude ver su rostro. Con un solo ojo en la frente. Sí, capitán. Un solo ojo.

El que William Corey no hiciera ningún comentario ni expresara asombro o incredulidad pareció molestar a la mujer.

—Siga, señorita Ray.

—Bueno... era un rostro deforme. Monstruoso. Y sus manos. ¡Santo Dios!... Le vi gatear por el suelo antes de levantarse. ¿Imagina cómo eran sus manos?

—Con diez dedos cada una.

La anciana quedó con la boca abierta.

Reaccionó parpadeando repetidamente.

—Sí... diez dedos... o tal vez más. No fui capaz de ponerme a contarlos. Corrí a mi dormitorio para telefonear a la policía. Escuché más pasos por la escalera de incendios. Creo que Henry vio algo más, pero yo no tuve valor para asomarme de nuevo. Aquello era demasiado horrible.

—Me gustaría hablar con Henry.

—Tampoco él ha podido conciliar el sueño desde entonces —Natalie Ray ladeó la cabeza para exclamar—: ¡Henry!... ¡Henry, ven en seguida!

—¿Cuándo ocurrió todo, señorita Ray?

—Pues... hace aproximadamente un par de horas. Tal vez algo menos. Estoy muy nerviosa y creo que he perdido la noción del tiempo. ¡Ah!... Aquí tenemos a Henry. Henry... saluda al inspector Corey.

Una instintiva mueca se reflejó en el rostro de William Corey.

Contempló a... Henry.

Un gato siamés. De ojos azules. De pelo claro contrastando con las oscuras manchas de la cara, patas y cola.

—Pensándolo mejor su declaración es ya más que suficiente, señorita Ray. Ha sido muy amable.

—¿Cazará al monstruo?

Corey ya estaba en el living.

Sonrió.

—Tranquila, señorita Ray. Soy especialista en cazar monstruos. Buenas noches.

—Adiós, comisario.

William Corey abandonó el apartamento. Se encontraba en la cuarta planta del 883 de Craig Street. Caminó hacia el elevador. Ya en el interior de la cabina pulsó el botón correspondiente al noveno piso.

Salió a un ancho corredor.

Y frente a la puerta señalizada con las siglas 97-D descubrió a la mujer.

Joven y atractiva. De unos veintidós años de edad. Cabello lacio envolviendo un rostro ovalado de bellas facciones. Un cuello frágil entroncaba con un seductor cuerpo. Lucía un vestido en crépe georgette azul y negro con lazo y abotonadura delantera.

William Corey se detuvo junto a la muchacha.

Intercambiaron una mirada.

—Hola.

La joven demoró unos instantes la respuesta.

La sonrisa de Corey, aunque atractiva y cordial, no se acompasaba con el brillo de sus ojos. Unos ojos fríos e inexpresivos.

—Hola... ¿Vienes a visitar a Cathy?

—Ahá.

—Pues los dos nos hemos desplazado en vano —suspiró la muchacha—. Llevo más de cinco minutos insistiendo y no responde. Me había citado.

—¿A estas horas de la noche?

La joven clavó sus oscuros ojos en Corey.

Suspicaz.

—¿Quién eres tú?

—William Corey. Un amigo de Cathy. ¿Y tú?

—Kristine Clark. También amiga de Cathy. Bueno... volveré mañana.

—Puedes telefonearla.

—Eso he hecho antes de venir, pero el teléfono de Cathy debe estar averiado. ¿Bajas conmigo?

—No. Esperaré a Cathy. Me es muy urgente hablar con ella.

—También lo es para mí. Si consigues verla dile que me llame sin falta.

—Okay.

—Buenas noches, William.

—Adios, Kristine.

William Corey contempló como la muchacha se alejaba por el corredor haciendo oscilar su bolso de mano.

Se introdujo en el elevador.

Y fue entonces cuando Corey llevó su diestra a uno de los bolsillos de la chaqueta. Extrajo un pequeño objeto cilíndrico que

acopló a la cerradura de la puerta. Tras manipular unos segundos logró abrir la puerta.

Justo en el momento en que sonaba una voz a su espalda.

—Te felicito, William. Un buen trabajo.

Corey giró.

Lentamente.

Kristine le estaba encañonando con una pequeña automática Wilkinson. El bolso en bandolera. Su mano izquierda sostenía los zapatos.

—Y tú muy astuta, nena. Has descendido a la planta inferior, te has descalzado y subido a pie para sorprenderme.

—Eso es. ¡Adentro, William! ¿Es ése tu nombre?

—Por supuesto. Desde pequeñito me enseñaron a no decir mentiras. ¿Eres tú realmente Kristine Clark?

—Soy yo la que hace las preguntas. Un sólo movimiento sospechoso y disparo sin contemplaciones. ¡Muévete!

Corey empujó la hoja de madera.

Penetró en el apartamento.

Sin apartar la diestra de la puerta. Y bruscamente proyectó la hoja hacia atrás. Golpeando con violencia a Kristine.

William Corey giró acompañando el trazo de la puerta.

El grito de dolor de Kristine coincidió con el trallazo en su mejilla. Un seco golpe que la impulsó contra la pared.

Corey le arrebató con facilidad el arma.

Cerró la puerta accionando el interruptor del living.

—Bueno, nena. Ahora estamos mejor —empujó a la muchacha hacia el contiguo salón—. Enciende la luz.

Kristine obedeció.

Por sus gordezuelos labios asomaba un hilillo de sangre.

—Maldito bastardo…

—Esas no son palabras propias de una mujer bonita. ¿Me permites? —Corey le arrebató el bolso volcando el contenido sobre uno de los sillones del salón. Tomó una cédula de identidad—. Pues sí… Kristine Clark. ¡Y nada menos que periodista de la Selter Press! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué querías ver a Cathy Ward?

—Si crees que voy a contestar a tus preguntas estás muy…

Kristine no pudo seguir hablando.

La zurda de William Corey dibujó un veloz semicírculo.

Un segundo trallazo al rostro de la joven. Ahora más violento. Kristine cayó aparatosamente al suelo. Con gran revuelo de faldas. Sus muslos al descubierto. Incluso fugazmente quedó visible el suave encaje del negro slip.

Corey no apreció el turbador espectáculo.

Se inclinó apoyando el cañón de la Wilkinson sobre la mejilla izquierda de Kristine.

—Si algo detesto es perder el tiempo, nena. Por las buenas resulto un pedazo de pan. Incluso paso por tipo simpático, pero por las malas... ¿te gustaría ver tu linda cara destrozada por el punto de mira?

La joven palideció ante el frío contacto del cañón.

Denegó con un leve movimiento de cabeza.

Incapaz de articular palabra.

William Corey sonrió ayudándola a levantarse.

—Perfecto, Kristine. Puede que lleguemos a ser amigos. ¿Te sirvo algo? Un brandy, ¿eh? Lo necesitas.

Corey se aproximó al carro-bar.

Sirvió una copa de brandy apartando también una botella de Izmira para llenar un vaso de vodka.

—A tu salud, Kristine. Bueno... empecemos de nuevo. ¿Qué haces aquí?

—Esta mañana Cathy Ward trató de localizarme —respondió la muchacha, con voz apenas audible—. Yo no estaba en mi apartamento ni en la Selter Press. Dejó aviso para que me pusiera urgentemente en contacto con ella. Yo he permanecido todo el día ausente de San Francisco. Al llegar a la Selter Press me pasaron la nota y llamé telefónicamente a Cathy. El teléfono parece estar averiado y decidí por desplazarme hasta aquí.

—¿Qué tratos tienes con Cathy?

Kristine dudó unos instantes.

—Es... es una amiga.

—Ya. ¿Y esa urgencia en hablar contigo? —Ante la nueva vacilación de la joven, añadió—: Responde sin mentir.

—Tenía... tenía un reportaje para mí. Una noticia que causaría sensación. No me habló de más.

William Corey chasqueó la lengua.

—Mientes, Kristine. Sí te habló de La Granja y del doctor Woos,

¿no es cierto?

La muchacha agrandó los ojos.

Dirigiendo a Corey una atemorizada mirada.

—Eres… eres uno de ellos… Perteneces a los servicios de seguridad de La Granja.

—Eres muy ingenua, pequeña. Ya te has delatado. Ya has reconocido estar al corriente de la existencia del doctor Woos; pero no te inquietes. No soy uno de ellos. Y para demostrártelo…

Corey ofreció la Wilkinson a la perpleja muchacha.

Kristine tomó el arma.

—¿Quién eres?… ¿Un policía?

—No. Soy un luchador solitario, Kristine. No puedo decirte más ni te interesa saberlo.

—¡Sí me interesa! Esa clínica… La Granja… Cathy Ward me habló de una serie de Campos de Experimentación Biológica. Dijo que me proporcionaría pruebas. Una información que horrorizaría al país. No le di crédito. Conocí a Cathy el pasado año. En Long Beach.

Ambas disfrutábamos de unas cortas vacaciones en Los Angeles. Entablamos amistad. Yo le comenté que era periodista de la Selter Press. Ella dijo ser enfermera. En San Francisco coincidimos en varias ocasiones e incluso nos citamos para conversar. Poco a poco me fue dando detalles… tenía miedo a hablar. Sólo hace una semana se decidió por confesarme todo. La alucinante verdad de La Granja. Me aseguró que tenía pruebas y que me las daría.

—Cathy no te mintió.

—Entonces… ¿existen esos monstruos? ¿Son verdad esos experimentos en cobayas humanas?

—Sí.

—Dios mío… ¿Dónde está Cathy?

—Tal vez en La Granja.

—No. Tenía una semana de permiso —dijo Kristine—. Ella misma me lo comunicó. Y las pruebas… las tenía en su apartamento…

—Okay, Kristine. Busquémoslas.

William Corey comenzó a abrir los cajones del mueble principal del salón.

—Yo buscaré en el dormitorio.

La muchacha abandonó la estancia.

Corey terminó de remover en los cajones del mueble. Avanzó hacia el buró. Sus ojos quedaron fijos en un cuaderno de negras tapas de piel depositado sobre la tabla escritorio.

Al abrirlo escuchó el desgarrador grito de Kristine.

Un espeluznante alarido que resonó en todo el apartamento.

William Corey salió precipitadamente del salón.

Kristine estaba bajo el umbral de entrada a una de las habitaciones del corredor. Apoyada en el marco. Temblando convulsiva.

Corey no necesitó preguntar qué ocurría.

Incluso él mismo hubiera gritado de buen grado ante la macabra visión.

Cathy Ward colgaba del techo.

Cathy… o lo que quedaba de ella.

CAPITULO IX

Kristine vació el vaso.

—Te encuentras mejor, ¿verdad, Kristine?

—Sí…

William Corey sonrió amistosamente depositando el vaso sobre el mueble-bar plagado de botellas de cristal tallado.

—Lo suponía. Mi combinado jamás falla.

Kristine parecía aturdida. Su rostro continuaba acusando una leve palidez.

—William… no comprendo… ¿por qué hemos abandonado precipitadamente el apartamento de Cathy? Sin dar aviso a la policía de lo ocurrido.

—¿Aviso? —Corey encendió un cigarrillo. Tras exhalar una bocanada lo ofreció a la joven—. Con tu grito ya has alertado a todo el edificio. La policía ya estará en el apartamento de Cathy. Y yo no deseaba ser interrogado por la policía. ¿Te hubiera gustado a ti?

—Es nuestro deber de ciudadanos.

—Baja de la nube, Kristine. ¿Qué ibas a decir a la policía? ¿Lo del doctor Woos y La Granja?

—Correcto.

Corey ahogó un suspiro.

—Lo imaginaba.

—Fueron ellos, William. Los del servicio de seguridad de La Granja los que han… han matado a Cathy. Para silenciarla.

—No digas tonterías. ¿Qué servicio de seguridad cometería semejante crimen? El cuerpo de Cathy dividido en dos, colgando del techo una mitad, la otra del armario… Una carnicería…

—Sólo un monstruo puede…

La muchacha enmudeció.

Fijando sus atemorizados ojos en Corey.

—Sí, Kristine. Lo que estás pensando es cierto. Hay cuatro evadidos de La Granja. Cuatro monstruos sueltos por la ciudad. Eso es lo que deseaba comunicarte Cathy. Sin duda quería confiarse a alguien.

—Dios mío…

—Yo he sido seleccionado para cazar a esos monstruos, Kristine. Ese es mi trabajo.

—¿Por qué no se ha dado la alarma a la población? La policía local no ha divulgado...

—La policía nada sabe —interrumpió secamente Corey—. Ni el mismísimo gobernador de California está al corriente.

—Pero... ¿por qué?

—Los Campos de Experimentación Biológica son top secret.

—¿Top secret? —Kristine se incorporó del sofá. Excitada—. Cathy me habló de experimentos infrahumanos. A determinados internos se les inoculan células cancerosas para luego combatirlas por nuevos procedimientos aún sin experimentar, gases tóxicos en la epidermis, operaciones sépticas y asépticas, provocación de envenenamiento e inflamación de la sangre, efectos de drogas y gases letales para luego investigar el antídoto adecuado... ¡Yo no podía creerlo! ¡No podía creer las palabras de Cathy!

—No juzgues mal esos Campos de Experimentación

Biológica. Puede que La Granja sea la excepción. La Granja y el doctor Woos.

—¡Pues lo comunicaré! ¡A la policía y a la opinión pública!

Corey se sirvió una buena dosis de vodka.

Parsimoniosamente.

—Lo dudo, Kristine. Semejante denuncia en la policía haría actuar a quienes autorizaron esos Campos. Gente importante. Y tú serías juzgada por calumnias y difamación. ¿Qué pruebas tienes?

—Pero... tú sabes que es verdad... esos cuatro monstruos evadidos...

—Volverán a La Granja. Vivos o muertos. Yo redactaré un informe y habré cumplido con mi trabajo. En ese informe comentaré las acusaciones de Cathy Ward contra los experimentos del doctor Woos.

—¿Y se tomarán medidas?

William Corey se encogió de hombros.

—Eso ya no me incumbe.

—¡Por el amor de Dios!... No puedes adoptar esa actitud. ¡Hay que denunciarlo a la opinión pública! Sólo así se conseguirán resultados.

—¿Sin pruebas? Terminarías en la cárcel, Kristine. Y por una

larga temporada.

La muchacha ocultó el rostro entre sus manos.

Sollozando.

—Jamás… jamás podré olvidar el cuerpo de Cathy… Dios mío…

William Corey se aproximó a la joven acariciando los sedosos cabellos femeninos. La obligó a descubrir el rostro para seguidamente besarla con suavidad en los labios.

—Tranquilízate, pequeña. Te proporcionaré un calmante y podrás dormir lo poco que queda de noche. También yo necesito descanso. Llevo ya dos noches sin pegar ojo.

—No… no podré dormir…

—Vas a obedecerme, Kristine. Mi apartamento dispone de dos magníficas habitaciones. Ven…

La muchacha terminó por acceder sumisa.

Corey la condujo hacia uno de los dormitorios del apartamento. Todas las viviendas del Parrish Building eran espaciosas y amuebladas a todo confort. Apartamentos de lujo en alquiler y despachos comerciales dominaban en el edificio.

—Con un par de pastillas será suficiente —dijo Corey, manipulando en un pequeño frasco de cristal—. Te daré un vaso con agua.

Pasó al contiguo cuarto de baño.

Kristine permanecía inmóvil.

Junto al lecho.

—William…

—¿Sí?

—No quiero estar sola… no quiero quedarme sola…

—Yo estaré en la habitación de al lado, Kristine. Velando tu sueño.

—Pero…

William Corey acalló las protestas besando por segunda vez los trémulos labios de la joven.

—Hasta luego, Kristine. Si me necesitas sólo tienes que abrir la puerta del cuarto de baño. Hay otra puerta que comunica con mi habitación, ¿de acuerdo?

Kristine asintió con débil movimiento de cabeza.

Corey pasó a la estancia contigua. Se despojó de la chaqueta no sin antes sacar del bolsillo interior el cuaderno de tapas de piel

negra.

Se tumbó sobre el lecho iluminando la lámpara de noche.

Comenzó a leer el cuaderno.

Era una especie de diario. Escrito por Cathy Ward. Un diario de su trabajo en La Granja. Iniciado cuando el doctor Woos se hizo cargo de la dirección. La narración de Cathy era alucinante. Proporcionando datos, fechas, envíos de material, nombres... Los experimentos mencionados por Kristine eran solo una insignificante muestra en comparación con lo que Cathy Ward había escrito en aquel cuaderno.

Corey, el duro e impasible William Corey, se estremeció.

Cerró el cuaderno permaneciendo inmóvil.

El súbito sonido del teléfono le hizo respingar.

Alargó la diestra hacia el micro emplazado sobre la mesa de noche.

—¿Sí?

—¿Te he despertado, William?

Reconoció la voz de Nicholas Fisher.

—Hola, Nicholas. No, no me has despertado. ¿Algo nuevo?

Le llegó la risita de Fisher.

—¿Algo? Maldita sea, William... La ciudad es una jungla. Las llamadas a las comisarias se suceden una tras otra. Tus... monstruos están sueltos por San Francisco. ¿Tienes un aparato de radio en el apartamento?

—Sí.

—Entonces sintoniza Madrugada 777. Un programa nocturno que dirige un bastardo llamado Ricky Welch. Es él quien ha provocado todo el alboroto.

—Explícate.

—Yo no puedo proporcionarte más detalles, pero sí los encontrarás en Madrugada 777.

William Corey colgó el auricular.

Se incorporó del lecho abandonando la estancia.

En el salón del apartamento, en uno de los muebles, se acoplaba un perfecto equipo de sonido e imagen.

Conectó el receptor.

La primera emisora en sintonizar estaba con una antología de The Beatles. Al ir pulsando los diferentes canales de selección le

llegó una estridente voz.

—... fabuloso, amigos! La firma Murphy York de máquinas tragaperras también se adhiere con mil dólares. Son ahora... ¡Ya tenemos veinte mil dólares, amigos de Madrugada 777! ¡Veinte mil dólares por la captura del monstruo!... ¡Y también tenemos nuevas pistas! Polifemo ha sido visto por los tejados de Lowell Street. Así nos lo acaba de comunicar el señor... Harvay Donen. Donen participa en la cacería con su rifle Winchester Super-X. Vuelvo a recordarles la peligrosidad del monstruo. Ha asesinado a una muchacha. ¡No hay que darle ocasión para nuevas víctimas! ¡Hay que acabar con él! Un momento... me pasan una nota. La Scheider Company se ha unido a nuestro llamamiento con dos mil dólares. ¡Veintidós mil dólares de recompensa! No hay más noticias del otro monstruo que se dice fue visto por la Evans Avenue. Un hombre sin piel. Sospecho que la histeria jugó una mala pasada a nuestro informador; pero sí existe Polifemo. ¡Y hay que acabar con él! ¡Veintidós mil dólares es la recompensa!

William Corey giró para retornar al dormitorio.

Se ajustó la chaqueta.

Del armario, camuflado tras uno de los cajones, extrajo un Smith Wesson que acopló bajo el cinturón. Depositó en aquel escondite el cuaderno de negras tapas de piel.

Pasó a la habitación de Kristine.

La muchacha dormía profundamente. Ni tan siquiera se había desvestido. Sólo se despojó de los zapatos tendiéndose sobre el lecho.

Corey la cubrió con el edredón.

Encaminó nuevamente sus pasos al salón para desconectar el receptor, pero interrumpió el iniciado ademán.

La voz del locutor era casi histérica.

—¡En Doli Road!... ¡Han cazado a Polifemo en Doli Road!... Desconocemos lo ocurrido, pero se me informa de que el monstruo ha sido herido... ¡Y ya son veintiocho mil dólares los que se ofrecen de recompensa! La Heffron Electric se une a...

William Corey sí desconectó ahora el aparato.

Empezaba a sentir náuseas.

CAPITULO X

Marty Gardand cayó aparatosamente por los peldaños de la escalera de incendios. Al incorporarse contempló el rostro de la anciana que le contemplaba horrorizada desde el ventanal.

Gardand prosiguió la huida. En desenfrenada carrera. Consciente de que Christopher Streep iba tras él y de que le exterminaría sin piedad.

En el último tramo de la escalera de incendios se detuvo jadeante.

Del boquete de su boca y de los orificios nasales brotaba un visible vaho. Las dos pupilas de su esférico ojo dilatadas.

Aquel callejón desembocaba en Craig Street.

Una única salida.

Marty Gardand, temeroso de que MacGrath le saliera al encuentro, corrió hacia el muro situado al fondo del callejón. Lo trepó con dificultad. Al saltar al otro lado volvió a perder el equilibrio y caer.

Gateó por el suelo.

Se levantó reanudando la carrera.

Buscando las calles poco iluminadas, pegado a las fachadas… Los faros de un auto le obligaron a introducirse en un portal. Esperó a que el vehículo se alejara para asomarse. Y entonces descubrió a Christopher Streep.

Al final de la calle.

Marty Gardand dudó.

Ya no podía salir. Y permanecer allí, inmóvil, corría el riesgo de ser visto por Streep.

Se decidió por subir la escalera del edificio.

Hasta el último piso.

Era una casa antigua. De húmedas y agrietadas paredes.

Llegó a la terraza. Y de allí pasó al edificio contiguo saltando por el tejado. Fue entonces cuando descubrió aquella buhardilla. Con el ventanal entreabierto.

Marty Gardand alzó levemente la hoja.

Penetró en el interior.

Apenas había posado los pies en el suelo cuando se abrió una

puerta iluminando la estancia.

Gardand quedó cegado por la súbita luz.

Sólo reaccionó al oír el desgarrador grito femenino.

Una muchacha le contemplaba horrorizada bajo el umbral. El vaso que portaba en su diestra se deslizó estrellándose contra el suelo.

Marty Gardand se precipitó hacia la joven taponándole la boca con la mano izquierda. Aquella espeluznante mano de diez dedos vueltos al revés.

La muchacha desorbitó los ojos.

—No voy a hacerte daño… no tengas miedo…

¿Miedo?

Era pánico lo que dominaba a la joven que contemplaba alucinada aquel monstruoso rostro. Aquel único ojo fijo en ella. Aquellos boquetes de boca y nariz, aquellas manos…

—No vuelvas a gritar —aconsejó Gardand—. No me obligues a hacerte daño. No te haré nada, pero si gritas… Estás sola en la casa?

La muchacha asintió con nervioso movimiento de cabeza.

Marty Gardand desvió la mirada hacia la puerta. Por el pequeño corredor. Ciertamente nadie parecía acudir al grito de la joven.

Se encontraban en una reducida cocina.

—Voy a soltarte… me iré pronto. Sólo unos minutos. No grites… no grites, por favor… No quiero hacerte daño.

Gardand fue separando lentamente su zurda.

No.

La muchacha no gritó.

Estaba muda de terror.

Marty Gardand sonrió. Y aquello agrandó aún más el boquete de su boca incrementando la monstruosidad de su rostro.

—Gracias… Pronto me marcharé —Gardand se aproximó al ventanal—. Me siguen, ¿sabes?… Creo que les he despistado…

El miedo hizo audaz a la muchacha.

Sobre el frigorífico estaba el cuchillo. Lo cogió velozmente para de inmediato clavarlo en la espalda de Marty Gardand. Este gimió de dolor, pero su grito fue ahogado por los alaridos de la joven.

Gardand giró.

La muchacha mantenía en su diestra el cuchillo. Volvió a levantar la hoja. Sin cesar de gritar.

Gardand le arrebató el cuchillo a la vez que la retenía por el brazo.

—¿Por qué lo has hecho?... Yo no te iba a hacer daño... ¿Por qué?

Ninguna respuesta,

Sólo los aterrados ojos femeninos.

—No grites... no grites... ¡No grites!...

Marty Gardand hundió el cuchillo en la garganta de la muchacha. Y luego en su rostro. En los ojos. En la boca...

Una y otra vez.

—¡No grites!... ¡No grites!...

Cada exclamación de Gardand era acompañada por una descarga del cuchillo sobre el rostro de la joven.

Marty Gardand se detuvo.

Jadeante.

Con el brazo derecho en alto. Con el cuchillo bañado en sangre. Goteando sobre el rostro de la muchacha convertido en una masa sanguinolenta. Con los ojos reventados, la boca desgarrada, los pómulos rasgados...

Se escucharon unos violentos golpes en la puerta de entrada a la buhardilla.

Los gritos de la joven habían alertado a todo el vecindario.

Marty Gardand corrió hacia el ventanal.

Y su salida coincidió con la de un individuo que llegaba a la terraza por la escalera del edificio.

La iluminación de la cocina permitió divisar perfectamente a Gardand.

Y el individuo comenzó a aullar retrocediendo espantado.

—¡Un monstruo!... ¡Un monstruo!...

* * *

Acosado como si se tratara de la más peligrosa de las bestias. Sin tregua. Sin piedad.

Una jauría humana en su persecución.

Y ya le habían cazado.

Tenía tres impactos de bala en el cuerpo. Tres proyectiles que hacían insignificante la herida de la espalda.

Sí.

Marty Gardand estaba agonizando.

En las cloacas de la ciudad.

A lo lejos le llegaban las voces de los cazadores, pero no darían con él. Sabiéndose mortalmente herido había buscado refugio en las alcantarillas.

Allí podría morir en paz.

Una rata gruesa, de vientre hinchado y sucio pelo, le observaba desde uno de los recodos. Atraída por el olor de la sangre.

La rata escapó bruscamente.

Como si algo la alarmara.

También Marty Gardand se alarmó al oír las pisadas resonar por el canalón. No intentó huir. Tampoco podría hacerlo.

Contempló al hombre que se aproximaba.

Con un cigarrillo en los labios.

—Hola, Marty.

Gardand se sorprendió.

No por el hecho de que el individuo le llamara por su nombre. Aquel hombre le miraba con indiferencia. Sin reflejar en su rostro miedo o repugnancia.

—¿Quién… quién eres?

William Corey se inclinó para colocar el cigarrillo en la deforme boca de Gardand.

—Eso no importa. Al menos ahora. Has encontrado un buen escondite, Marty. Dudo que den contigo. Yo descubrí las huellas de sangre cerca de la tapa del alcantarillado, pero no te preocupes. Las he borrado.

—¿Tú… tú no me tienes miedo?

Corey sonrió.

—¿Sabes una cosa, Marty? Me dan más miedo esos de arriba. Todos esos que se han movilizado para darte caza. Esos también son monstruos.

—Me… me estoy muriendo… Cathy…

—Cathy ha muerto, Marty. Sin duda víctima de alguno de tus compañeros.

—Fred… él fue… Cathy muerta…

—Sí, Marty.

Una bocanada de sangre brotó de Gardand arrastrándole el cigarrillo de la boca.

Sufrió un estertor.

—Entonces… no me importa morir… Cathy era la única… la única que…

—¿Dónde están los otros, Marty? ¿Cuál era vuestro refugio?

—Un… un bungalow… no recuerdo la calle… en Barrio Rodd… sólo recuerdo que era habitado por una familia llamada Taylor…

—Es suficiente para mí, Marty. ¿Quieres algo?

—No… Tu nombre… me gustaría conocer tu nombre… Eres el único hombre que no me ha mirado con miedo o repugnancia… Moriré pensando en Cathy y en ti…

—William Corey.

—Adiós, William…

—Adiós, Marty.

William Corey se alejó hacia la escalerilla que conducía al exterior.

La rata de vientre hinchado se fue aproximando lentamente a Marty Gardand.

CAPITULO XI

Fred Sandrich rio escupiendo el whisky de la boca.

—¡Infiernos...! ¡Han cazado a Marty!... ¡Este fulano dice que está herido y...

Christopher Streep se acercó en dos zancadas. De violento manotazo arrojó al suelo el receptor de radio silenciando así el sonido.

—¡Ya es suficiente!

Sandrich y MacGrath intercambiaron una mirada.

—¿Qué te ocurre, Christopher? —inquirió Fred Sandrich.

—¡Maldita sea!... ¿No lo comprendéis? La policía ya está alertada. Han visto a Marty Gardand. A un monstruo suelto por la ciudad. Nuestra carta a favor era la clandestinidad de La Granja. La policía californiana ignoraba nuestra fuga. Nadie había dado la alarma. Sólo los servicios de seguridad de La Granja estaban tras nosotros. Ahora, si consiguen capturar a Marty, empezarán a hacer muchas preguntas. Un tipo como Marty no aparece todos los días. Puede que el doctor Woos se vea obligado a delatarnos y facilitar nuestros datos. ¡Y entonces toda la policía del Estado empezará la caza!

Sandrich se atizó otro trago de whisky.

Volvió a reír.

—¿Y qué? Eso a mí no me preocupa. Yo por poco tiempo iba a pasar desapercibido. Ya me han visto un par de ciudadanos, aunque nadie les ha dado crédito. ¡Un hombre sin piel!...

—Estás borracho, Fred.

—Correcto, Peter. Tú no lo estás. Tú sólo te emborrachas con sangre.

—Tenemos que largarnos de aquí —decidió Christopher Streep —. Desaparecer de San Francisco antes de que...

Streep enmudeció.

Quedó rígido.

—¿Qué ocurre...?

—¡Silencio! —indicó Christopher Streep—. Me ha parecido oír un ruido en el porche.

—Nosotros no hemos oído nada, ¿verdad, Peter?

Streep se aproximó a la chimenea del salón para atrapar el atizador de hierro.

—Suelta eso, Christopher.

La súbita voz sorprendió a los tres individuos. Incluido Streep. No la esperaba a su espalda. Junto a la pequeña puerta que conducía a la cocina. El intruso le había engañado. No entró por el porche, sino por la parte posterior del bungalow.

—¿Quién eres tú? —Interrogó Streep, contemplando fijamente al individuo que les encañonaba desde el umbral—. ¿Cómo sabes mi nombre?

William Corey avanzó unos pasos.

Empuñando con mano firme el Smith Wesson.

—Sé todo sobre vosotros.

—Comprendo. Un esbirro del doctor Woos.

—No, Christopher. Te equivocas. Tu… privilegiado cerebro no ha funcionado bien en esta ocasión.

Streep sonrió.

Demoníaco.

Lentamente se despojó de la peluca mostrando las verdosas cicatrices que surcaban su cabeza de un lado a otro.

—Me sorprende que conozcas también ese… detalle. El trasplante de cerebro lo realizó el doctor Woos con el máximo secreto.

William Corey rememoró el cuaderno escrito por Cathy. Narrando el alucinante trasplante de cerebro llevado a cabo en el interno Christopher Streep. Un cerebro artificial dotado de inteligencia superior. Una operación digna de un genio, pero los métodos del doctor Woos la habían convertido en cruel e inhumano experimento.

—No es mi intención mataros, aunque tampoco dudaré en apretar el gatillo. Sin remordimiento alguno. Mi propósito es llevaros con vida a La Granja.

Fred Sandrich rio desaforadamente.

El sanguíneo de su rostro y manos era ya de un fuerte tono bermejo.

—Está loco… más loco que nosotros…

—Sí lo está, Fred —corroboró Streep, secamente—. Ninguno de nosotros piensa regresar a La Granja. Y mucho menos con vida.

¡Preferimos la muerte!

La exclamación de Christopher Streep coincidió con el veloz movimiento de su mano derecha. Hacia el costado izquierdo.

Apareció empuñando un revólver.

Apuntó a William Corey, pero no llegó a disparar. No tuvo oportunidad de ello.

Corey se lo impidió presionando por dos veces el disparador. Asegurándose la muerte de aquel corpulento individuo. Dos balazos en la cabeza. En la frente.

Streep fue proyectado contra la pared para seguidamente caer de bruces.

Sin vida.

Fred Sandrich no había permanecido inactivo. Tras la acción de su compañero Streep saltó sobre William Corey. Sin que éste tuviera tiempo de desviar el cañón del arma.

Corey percibió la nauseabunda pestilencia que emanaba del monstruoso individuo. Y también aquellas manos húmedas, resbaladizas, sanguíneas, que pugnaban por arrebatarle el revólver.

Rodaron por el suelo.

Peter MacGrath se había apoderado del atizador y esperaba la ocasión para descargarlo sobre Corey.

Se escuchó una sorda detonación.

El cuerpo de Sandrich sufrió una sacudida impulsando la cabeza hacia atrás. En el forcejeo por la posesión del Smith Wesson salió perdedor. El revólver se había disparado. La bala le entró por la garganta y salió por la nuca.

William Corey empujó el cuerpo de Sandrich ladeando la cabeza a tiempo de esquivar el atizador manejado por Peter MacGrath.

Respondió al ataque.

Disparando sobre MacGrath.

El proyectil le alcanzó de lleno en el pecho, pero Peter MacGrath no cayó. Sí acusó el impacto, pero volvió a levantar el atizador con la misma energía.

Corey disparó de nuevo para acto seguido rodar sobre sí.

Percibió el silbar de la barra de hierro y su violento choque contra el suelo.

El segundo proyectil nada había hecho en Peter MacGrath. El hombre de extraordinarios poderes. El hombre que no parecía

envejecer. El hombre que se alimentaba de sangre humana. El hombre vampiro…

MacGrath soltó el atizador emprendiendo la huida.

Hacia la salida trasera del bungalow.

William Corey salió en su persecución. Atravesó la cocina llegando a la puerta posterior. A tiempo de ver como Peter MacGrath bordeaba la piscina y se disponía a saltar la cerca.

Y contempló como la pierna derecha de MacGrath tropezaba con la manguera cayendo aparatosamente sobre uno de los travesaños de la cerca.

El alarido de Peter MacGrath fue infrahumano.

Corey caminó hacia el individuo.

Contempló escalofriado como el rostro de MacGrath se iba tornando ajado, agrietándose, acartonándose la piel…

La cerca que limitaba el jardín estaba formada por estacas de madera.

Y una de aquellas estacas de madera se había hundido en el corazón de Peter MacGrath.

* * *

—Un magnífico trabajo, Corey… ¿me escucha?

William Corey apretó con fuerza el auricular.

—Sí, señor Novak. Le escucho perfectamente.

—Acabo de hablar con el doctor Woos. Estaba eufórico con el envío. No daba crédito a aquella furgoneta con los tres cadáveres de…

—Estoy muy cansado, señor —interrumpió Corey—. Está amaneciendo en San Francisco y son ya dos noches las que llevo sin dormir. Me disponía ahora a hacerlo.

—Lo comprendo, muchacho —sonrió a través del hilo Andrew Novak—. Sólo era mi intención felicitarte. El director del D.I.S. también te felicita, Corey. Ya le han llegado las buenas noticias. Me preguntó por el cadáver del cuarto individuo. Del llamado Marty Gardand. ¿Qué puedes decirme?

—Jamás será encontrado.

—Perfecto, Corey, perfecto… Ya hablaremos con más calma en Nueva York. Regresa cuando quieras y envía tu informe cifrado según costumbre, ¿de acuerdo?

—En mi informe acusaré al doctor Woos de…

—Tranquilo, Corey. Ya nos ocuparemos de eso.

—Hay algo más, señor. No pienso regresar a Nueva York. Dimito del D.I.S.

Se hizo una pausa al otro lado del micro.

Una pausa larga.

—Estás muy nervioso, Corey. Disfruta de unos días de descanso y luego hablaremos. Tú sabes que no puedes renunciar. No es posible la dimisión en un agente del D.I.S. Seguirás con nosotros, muchacho. Te guste o no.

Andrew Novak cortó la comunicación.

William Corey permaneció unos instantes con el auricular en la mano. Lentamente lo depositó sobre el soporte.

Volvió a reclinarse en el lecho.

Cerró los ojos esforzándose en no pensar.

Estaba cansado.

Muy cansado.

EPILOGO

Volvieron a unir sus labios.

—¡Oh, William!... Han sido unos días maravillosos. Tú me has ayudado a borrar de mi mente lo de... ¡Dime que regresarás, William!

Corey sonrió.

Abarcando entre sus manos el rostro de la muchacha.

—Ya te lo he dicho, Kristine. Dentro de una semana estaré de nuevo en San Francisco. No tengo domicilio fijo. Nueva York, Chicago, San Francisco... No me importa la ciudad, pero estando tú aquí prefiero San Francisco.

—¿Crees que te lo permitirán?

—Te he comentado que trabajo para una organización... Especial. No nos es autorizada la dimisión. Los agentes de... ese organismo sabemos demasiado. Tal vez sea preferible no dimitir. Lo he estado pensando. No soy un santo, pero sí me considero mejor que los participantes en la cacería de Marty Gardand. Dentro de la organización puedo combatir muchas cosas.

—¿Eso crees? —Murmuró Kristine, ensombreciendo su bello rostro—. ¿Qué me dices del doctor Woos? Es el mayor de los monstruos. Y de seguro nada se hará contra él. Nada se hará por temor a que se descubran los otros Campos de Experimentación Biológica existentes en el país.

—Ya te he dicho que La Granja es la excepción.

—No le castigarán, William.

—Tú puedes ocuparte de eso —dijo Corey, tomando el maletín del mostrador. Lo abrió tendiendo a la joven un cuaderno de negras tapas de piel—. Publica esto, Kristine. En la Selter Press.

—¿Qué es?

—Un diario. El diario de trabajo de Cathy Ward. Con todo tipo de pruebas y datos. Dinamita para el doctor Woos y sus secuaces carniceros.

—Pero... tú... tú puedes salir perjudicado.

—¿Yo? ¿Por qué? —Sonrió Corey—. Nada sabía de ese diario. Yo no te lo he entregado. Fue Cathy Ward antes de ser asesinada, ¿no recuerdas?

Kristine también sonrió.

Por el altavoz del aeropuerto se anunció el último aviso para los pasajeros con destino a Nueva York

Corey besó por enésima vez los labios de la muchacha.

—Hasta pronto, Kristine.

—Te esperaré, William. Con impaciencia.

Corey se encaminó hacia una de las puertas de acceso a la pista.

La cacería había terminado, pero en la ciudad continuaban los monstruos. Ciudadanos aparentemente respetables que se transformaban en bestias por el reclamo de unos dólares o por simple placer morboso y sádico.

Monstruos.

Monstruos en San Francisco.

Y entre aquellos monstruos había ángeles como Kristine Clark.

FIN